71.

2ª parte

EL TEATRO,

COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

LA DICHA EN EL BIEN AGENO.

DRAMA EN CUATRO ACTOS, DIVIDIDO EN DOS PARTES,

ORIGINAL

DE ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

PRECIO, 8 rs.

LA DICHA EN EL BIEN AGENO.

DRAMA DE COSTUMBRES

EN CUATRO ACTOS, DIVIDIDO EN DOS PARTES,

ORIGINAL

DE ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

Representado con general aplauso por primera vez en Madrid en el teatro del Principe, la noche del 12 de Diciembre de 1857, á beneficio de Fernando Ossorio, para el que fué espresamente escrito.

MADRID:
Imprenta de J. M. Ducazcal, Plaza de Isabel II, num. 6.
1857.

REPARTIMIENTO.

PERSONAS.	ACTORES.
Luisa	*Josefa Palma.*
Maria	*Francisca Tutor.*
Petra	*Maria Romero.*
Antonio	*Fernando Ossorio.*
Alberto, Marqués de Peña-Azul.	*Manuel Ossorio.*
D. Alejandro	*Emilio Mario.*
Alfredo	*José Olona.*
Blas	*Joaquin Manini.*
Robreño, Sargento	*Elías Aguirre.*
Ramon	*José Izquierdo.*
Un Soldado	*Rafael Moreno.*

Marineros, Aldeanos, Soldados, etc.

La accion se supone, el 1.° y 2.° acto, en Villajoyosa, pueblo de la ribera del Mediterráneo á corta distancia de Alicante. Año 1836. El 3.° en Madrid, diez años despues; y el 4.° en las inmediaciones de Alicante.

Á FERNANDO OSSORIO,

PRIMER ACTOR Y DIRECTOR DEL TEATRO DEL PRINCIPE.

Madrid es el sueño dorado del poeta de provincia. Desde un rincon de nuestro humilde hogar contemplamos, á través de un prisma fascinador, la sociedad que desconocemos, los hombres que admiramos. La familia y la gloria luchan por algun tiempo en nuestro corazon, hasta que un dia, impulsados por esa voz secreta que nos grita *adelante*, damos un tierno abrazo á nuestros padres y un apreton de manos á nuestros amigos de la infancia; y con las lágrimas en nuestros ojos y la esperanza en nuestra alma, nos trasladamos á la corte, sin mas patrimonio que algunos reales en nuestra bolsa, la fé en el corazon, las ilusiones del poeta en la mente, y un drama en el fondo de nuestra maleta.

Así llegué yo á la capital de España. Pero seis meses despues, mis risueñas ilusiones, la ardiente fé que animaba mi espíritu se apagaron en la antesala de uno de esos sultanes de la escena, que se desdeñan en tender una mano al poeta que nace, y que solo reconocen el talento cuando va escudado por el nombre ó protejido por la recomendacion. Reyes con corona de carton y cetro de madera, como ha dicho Dumas, que niegan una hora al jóven desconocido, y pasan los dias entregados al ócio y á los placeres.

Entonces al mirarme solo y sin fuerzas para luchar por mas tiempo, quemé una por una las hojas de mi drama, y ya me disponia en mi desesperacion á dejar el campo á otro mas afortunado que yo, cuando la Providencia, esa segunda madre del hombre, esa eterna remediadora de la humanidad, hizo que tú, mi buen Fernando, mi querido hermano, lla-

máras á la puerta de mi humilde casa. «Escribe, me digistes, yo soy actor y quiero ser tu amigo: dispon de cuanto valgo.»

Desde entonces no se ha desmentido una sola vez aquel ofrecimiento; desde entonces fuiste para mí un hermano cariñoso. Tú me abriste la puerta del teatro. Tú, cuando postrado en el lecho del dolor, me hallaba ciego sin esperanza de ver la hermosa luz del sol, me proporcionastes todos los medios de que yo carecia para librarme de aquella desgracia, y lo lograste por fin.

Oh! Desde entonces están grabados en mi corazon tus beneficios; cuanto soy te debo, cuanto valgo es tuyo. La ingratitud es el defecto mas asqueroso del hombre; por eso consigno en esta página lo que has sido para mí; por eso la mas querida de mis obras te la dedico á tí, el mas querido de los amigos.

Hay favores que no se pagan, pero tampoco se olvidan. Mi independencia de carácter me prohibió dedicarte la primera de mis producciones, porque temia que se interpretára como una adulacion servil del poeta que nace, al actor que brilla; pero hoy que puedo, sin que me detenga ese recelo, escribir estos renglones, te dedico mi drama: no veas, pues, en esta página sino un débil destello de la eterna gratitud y franca amistad que para tí guarda tu hermano de corazon:

ENRIQUE.

Madrid 21 de diciembre de 1857.

Goula con red, Napoleona, Zeran y Dalman con flores aparecen.

ACTO PRIMERO.

Playa: al fondo, lo mas lejos posible, el mar.—En el primer término de la izquierda una alquería recien construida. A la derecha una cabaña; junto á ella un árbol. En segundo término algunas cabañas convenientemente colocadas.

ESCENA PRIMERA.

ANTONIO *subido en el árbol;* LUISA *y* MARIA *cerca de este.* PETRA *sentada á la puerta de la cabaña componiendo una red de pescador.*

Antonio. (*Enseñándoles una manzana.*) Para quién es esta?

Luisa.
María. } Para mí..! para mí..!

Antonio. Se me ocurre una cosa.

Luisa. Qué cosa?

Antonio. Comérmela yo.

Luisa.
María. } No... no.

María. Como le hinques el diente no te concluyo la camisa para el dia de la Vírgen.

Luisa. Y yo no bailo contigo en un mes.

Antonio. Bah! Eso no puede ser.

Luisa. Pruébalo, y allá veremos.

Antonio. Eso no es de veras.

María. Como soy tu hermana.

Antonio. Sí? Pues allá voy: me dejo caer, me rompo

una pierna, y de ese modo no necesito, ni tu camisa, ni tu baile.

Luisa.
María. } Ay!! (*Lanzando un grito.*)

Petra. Por qué gritar de ese modo, hijos mios?

María. Es Antonio, que quiere tirarse del árbol.

Luisa. Y romperse una pierna.

Antonio. Embusteras; yo no quiero romperme nada. (*Bajo á las dos.*) Acusonas; por qué se lo habeis dicho?

Petra. Recuerda, hijo mio, que hace cuatro años te empeñaste en coger un nido de ruiseñores para Luisa, y aquella caida te tuvo á las puertas de la muerte.

Antonio. Es verdad, madre mia: pero con la ayuda de Dios y los cuidados de Vd., me puse bueno.

Petra. Entonces vivia aun tu padre; y si hoy te sucediera alguna desgracia, quién ganaria el pan de la familia? (*Se enjuga las lágrimas; Luisa le aparta la mano con dulzura.*)

Luisa. Lágrimas otra vez? Oh! eso es faltar á la palabra: Vd. me habia prometido no llorar...

María. Y llora á mas no poder para entristecernos.

Antonio. (*Bajando del árbol.*) Cómo? qué es eso? Llora usted, madre mia..? Qué diantre! aun le quedan á usted tres hijos, que darian gustosos su existencia por ahorrarle una pesadumbre... No es verdad, Luisa..?

Luisa. Ese es nuestro deseo.

Petra. Lo sé, hijos mios... pero vuestro padre nos hace mucha falta.

Antonio. Es verdad, madre mia; pero yo ya soy hombre; qué mozo me aventaja en el pueblo á manejar el timon de una barca, á conocer el cambio de los vientos, á trepar por los mástiles en lo mas crudo de una tormenta, y desplegar las velas del palo de mesana? Nadie. La Vírgen del Amparo, nuestra patrona, va siempre conmigo, y cuando un marino abriga en su corazon la fé, el valor y la honradez, no es tan difícil encontrar un rico armador que depositando en él su confianza, le diga: «Mozo, ahí está mi barco, surca los mares, y que Dios te ayude.» Oh! si esto sucede, el porvenir es mio; porque el mar es

un campo fecundo, donde si se tiene la dicha de no sembrar en él la vida, la cosecha es la fortuna...

Petra. El mar... el mar. Hambrienta sepultura en cuyo fondo descansan tu abuelo, tu padre, tus dos hermanos. Mira, hijo mio, cuando al nacer el dia te acompaño á la orilla del mar, para verte partir en busca de nuestro sustento, le pido á Dios de todo corazon que te defienda de ese mar que aborrezco, porque ha devorado todo lo que amaba tu pobre madre.

Luisa. Concluirá Vd. por hacernos llorar!

María. Y cuando nos vean los mozos del pueblo con los ojos blandos, se burlarán de nosotras.

Antonio. Vamos, vamos, madre mia... y vosotras callad tambien..! no veis que la estais entristeciendo? A que no os acordais de los consejos que nos daba el dómine cuando nos enseñaba á leer?

María. Yo, no.

Luisa. Yo, sí.

Antonio. Pues bien; repíteselos á madre.

Luisa. Con una condicion.

Petra. Cuál, hija mia?

Luisa. Que no ha de llorar Vd., al menos hoy.

Petra. Te lo prometo.

Luisa. Pues allá vá. Nos decia: «Amados discípulos mios: no olvideis jamás que, para pasarlo lo menos mal en este valle de lágrimas, debeis tener siempre por compañera á la filosofía. Sin ella se vive apartado de la felicidad. No os atormenteis jamás, pensando en lo porvenir, y olvidad lo pasado. Sed honrados, para ser felices, porque lo que está escrito, escrito está.»

María. Y cuánto sabia el bueno del dómine!

Antonio. Por lo mismo debemos seguir su consejo, madre mia.

Petra. Teneis razon; para qué entristeceros de ese modo? Aun me quedais vosotros; sí, sí; fuera lágrimas.

María Viva! así os quisiera siempre.

Luisa. Eso se llama tener juicio.

Petra. Vamos, vamos, hijo mio; necesito hablar con el alcalde. Hoy es el dia del sorteo, y quiero saber si se ha atendido á mi solicitud.

Luisa. Quereis que os acompañemos?
Antonio. No, Luisa; esperadnos aquí.
Petra. Pronto volvemos.
Antonio. Adios. (*Aparte á Luisa.*) Las he cogido para tí. Son las rosas blancas que tanto te gustan. (*Le da un pequeño ramo que habrá sacado de entre las ojas del árbol.*) Vamos, madre mia. (*Vánse por el foro de la izquierda.*)

ESCÈNA II.

LUISA. — MARIA.

María. Te piensas que no lo he visto? pues te engañas.
Luisa. Y qué has visto?
María. Qué? La manzana que te ha dado Antonio.
Luisa. Pues no es cierto, porque me ha dado un ramo; envidiosa.
María. Envidiosa! porque te quiere mas que á mí.
Luisa. Qué apostamos á que tú me quieres tanto como él?
María. Nada! porque es verdad.
Luisa. Pues en prueba de que no me guardas rencor, siéntate á mi lado, y cuéntame todo lo que hablaron tu madre y mi tio.
María. Tu tio; lo que es tu tio es un mal hombre! porque quiere llevártese á la corte.
Luisa. De veras? y por qué ?
María. Porque dice que tú eres una carga pesada para nosotros.
Luisa. (*Con tristeza.*) Tienes razon.
María. Pero mi madre le dijo que te habia adoptado por hija, y que los hijos nunca eran gravosos á los padres.
Luisa. Oh! Cuán buena es con esta pobre huérfana.
María. Pero como tu tio es un matraca, le replicó: Yo quiero demasiado á Luisa, para obligarla á que deje contra su voluntad tu casa; pero si tú, mi buena Petra, pones algo de tu parte para que Luisa me siga, yo le compraré á tu hijo Antonio una barca nueva, y á María le daré el dia de su boda con Blas trescientos duros para su dote.

Luisa. Eso es una fortuna..!
María. Ya lo creo.
Luisa. (*Pensativa.*) (Yo podria hacer su felicidad.)
María. Despues tu tio le dijo, que tú en la corte te podrias casar con algun personage, y tener un porvenir brillante. No, pues como mi hermano le hubiera oido... y despues, qué harias tú sin nosotros?
Luisa. Es que yo, vendria todos los veranos á pasar tres meses á vuestro lado.
María. Sí, pero en el invierno te aburririas.
Luisa. No lo creas; porque como mi tio es rico, me llevaria á todas las diversiones y me haria amiga de los que se sentasen á mi lado.
María. Sí, tu tio; tu tio... no lo puedo tragar.
Luisa. Y por qué..? Es un buen amigo de tu familia: que te quiere mucho.
María. Pues yo, maldito si le quiero...
Luisa. Le tratas con harta dureza... y... se me ocurre una cosa; si tú tuvieras tanto dinero como mi tio, qué harías de él? (*María reflexiona un instante.*)
María. Se lo daria á mi madre..! y tú?
Luisa. Yo me compraria un coche con cuatro caballos blancos; luego muchos vestidos, un collar de perlas, una peineta de plata y unos lazos para la cabeza como los que lleva la mujer del escribano.
María. Y para qué quieres todo eso?
Luisa. Para qué..? Si yo tuviera todo eso, los jóvenes me mirarian mas á mí que á las otras, porque seria mas bonita... qué, no te gustaria á tí ser mas bonita?
María. Cuando Dios me ha hecho así... es porque me convenia, y estoy contenta.
Luisa. Pues yo, cuando veo pasear por la orilla del mar á esas señoras tan hermosas, no puedo menos de decirme á mí misma... Si yo fuera una de esas...
María. Oh! tú no eres la misma desde que te hallaste al pié de ese árbol aquel libro que tienes tan guardadito.
Luisa. Tú sabes..?
María. Vaya! Como que tres veces te he hallado leyendo con mucho afan... y hay mas, sé el título; se llama *Corina.*

con cartera Rafael, y Carbajal con cigarros foro izq.º
Fando, Company y Comparsas foro dh.º
con cigarro.

Luisa. Hermana mia, perdona si no te lo he revelado antes de que tú...

María. Eso no vale la pena.

Luisa. Pues bien: para qué negártelo? muchas veces leyendo aquellas páginas, he sentido en mi mente, en mi corazon, un fuego incomprensible, y una voz secreta me gritaba sin cesar al oido: eso es amar; tú nunca hallarás un hombre que te ame así.

María. Y mi hermano! Mi hermano, que solo vive por tí, y que está esperando poder ofrecerte su mano, su corazon y su fortuna!

Luisa. Tu hermano! pobre Antonio..! Pero soy una loca. Dame un abrazo, y no hables mas de esas cosas.

María. Como quieras. (*Se abrazan.*)

Luisa. (La corte! la opulencia!) (*Viendo al Marqués en el fondo.*) Ah!!

toque tambor

María. Qué es eso? (*Se oye tocar un redoble de tambor.*)

Luisa. Nada, el redoble del tambor me ha asustado. (*Se sienta al pié del árbol.*)

ESCENA III.

Dichas: *el* Marqués *y* Alfredo *por el foro de la izquierda: el* Sargento Robreño *por la derecha. Poco despues empiezan á cruzar por el foro* Soldados, Marineros *y* Aldeanos.—*Cesa el redoble.*

Alfredo. Esos pobres diablos se los vé por todas partes con la sonrisa en la boca.

Marqués. Y á dónde va esa gente, mi querido Alfredo?

Alfredo. Algunos de ellos dentro de poco se dejarán matar cantando el himno de Riego.

María. Mira, Luisa, ya empiezan á venir los mozos. Ah! es mi Blas! (*Corre al fondo y se queda hablando con Blas que habrá salido con los mozos. Luisa se queda meditabunda, contemplando el ramo que le dió Antonio junto al árbol.*)

Luisa. (Con una palabra mia aseguro su porvenir.)

Robreño. Ya lo sabeis, muchachos; dentro de media hora todo el mundo en la plaza. La reina os nece-

Llado ventana de la vg

sita; yo vengo por vosotros. (*A una marinera.*) Adios, salerosa!

Marqués. Has reparado en aquella muchacha?

Alfredo. Psit... es un canto bucólico... yo estoy por lo épico. (*El Marqués se queda contemplando á Luisa. Alfredo se dirije á hablar con don Alejandro que se habrá asomado á la ventana de la alquería.*)

Alfredo. Oh! mi querido propietario.

Alejandro. Hola! jóven bañista; cómo tanto tiempo sin vernos?

Alfredo. He tenido que pasar á San Sebastian á recibir un amigo que ha llegado de la corte.

Alejandro. Por ventura, es aquel caballero?

Alfredo. El mismo! Vedle, allí le teneis contemplando aquella chicuela.

Alejandro. Es mi sobrina!

Alfredo. Sobrina de usted..?

Alejandro. Sí.

Alfredo. Tanto peor... porque el Marqués de Peña-Azul es un temible enemigo.

Alejandro. Oh! con que tenemos un Marqués en el pueblo, y no me lo habiais dicho?

Luisa. (Me mira con una tenacidad, que quisiera estar lejos de ese hombre.)

Marqués. Sí; estoy decidido: esta cortedad es indigna de mí. Escribamos. (*Saca el libro de memorias y escribe.*)

Alejandro. Y dice Vd. que mira con buenos ojos á mi sobrina?

Alfredo. Mas diré: creo que la ama.

Alejandro. Mi querido don Alfredo, quiere Vd. hacerme el favor de entrar un instante?

Alfredo. Soy con Vd.—Querido Marqués, espérame un instante; si tardo y te impacientas, nos hallaremos en la orilla del mar. (*Entra en la alquería.*)

ESCENA IV.

DICHOS *menos* ALFREDO *y* D. ALEJANDRO.

Robreño. Conque hasta luego, muchachos. (*Acercándose á Luisa.*) Salerosa! Perlita de esta playa, qué haces aquí tan sola?... No me respondes?

Adolfo 2º bastidor izq.º

Luisa. Déjeme Vd. en paz.

Robreño. Mira, morena, te quiero mas que á mi abuelo. Huy! Si yo fuera pez y cayera en tus redes! Digo! me chuparia el dedo de gusto!... Vamos, dame un abrazo, que bien lo merece este veterano. (*El Sargento va á abrazarla. Luisa lanza un grito y se refujia detrás del Marqués.*)

Luisa. Oh...

Marqués. (*Cogiendo el brazo del Sargento.*) Insolente! (*El Sargento levanta la mano como para darle un bofeton al Marqués, pero reparando en la cruz de Cárlos III que lleva en el ojal de la levita se detiene, y sacando un cigarro de detrás de la oreja, le dice con mucha calma:*)

Robreño. Me permite Vd. encender esta colilla?

Marqués. (*Dándosele con desprecio.*) Puede Vd. tirarle.

Sargento. Gracias, caballero.

Marqués. No olvide Vd. jamás, hermosa niña, que mi mano se hallará siempre dispuesta á defenderla.

Robreño. Por vida de mi abuelo... y que tenga que sujetarse un hombre como yo por esa cinta que lleva en el ojal de la levita! (*Se dirige al foro, á cuyo tiempo pasa un soldado. El Sargento le da un puntapié en el trasero. El soldado se vuelve; lleva una mano á la frente y otra á la parte castigada.*)

El Soldado. Presente!

Robreño. Arrestado á la prevencion! (*El soldado da media vuelta y vase.*) Por fin me he desahogado un poquito. (*Vase.*)

ESCENA V.

LUISA *y el* MARQUÉS *en el proscenio;* MARÍA *y* BLAS *en el foro sentados sobre una peña.*

Marqués. Se marcha Vd.? acaso la habré ofendido, evitando que un insolente...

Luisa. Oh! no: no, caballero, la mano que nos proteje no puede ofendernos...; pero no debo permanecer aquí... Mi madre... mi hermana...

Marqués. No me opongo... pero antes permítame Vd.

le esplique por qué un aliento invisible me empuja, á pesar mio, hácia estos sitios.

Luisa. Caballero, no puedo permanecer aquí.

Marqués. Seré breve: hace unos dias, abrumado por el calor, me senté al pié de este árbol á descansar por unos instantes. Llevaba como de costumbre un pequeño volúmen de la inmortal novela de Madama Staël, *Corina,* y maquinalmente empecé á hojear sus preciosas páginas buscando en ellas un remedio contra el fastidio. Poco á poco sentí oscurecerse mis ideas, turbarse mi vista, y escapándose el libro de entre mis manos, me quedé dormido.

Luisa. (Era suyo... Oh! debo devolvérselo!) (*Se dirige á la cabaña.*)

Marqués. Un momento... Al despertar, era de noche. Dirijíme á mi posada, en donde eché de menos á mi pobre *Corina.*

Luisa. Yo tengo ese libro, caballero... y voy á...

Marqués. Lo sé: pero le suplico que no se marche. Al dia siguiente volví á este sitio: sentada junto á ese árbol se hallaba una jóven: sus pequeñas manos oprimian un libro cuya lectura al parecer la tenia preocupada. Movido por la curiosidad me acerqué á ella silenciosamente, hasta tal punto, que pude leer estas palabras: «*Corina en el Capitolio.*»

Luisa. (Dios mio!)

Marqués. Oh! aquella jóven encantadora tenia algo de sobrenatural; era la sublime creacion de un poeta. Una mano invisible me sujetaba á pesar mio junto á ese árbol. Creí en aquel instante estar viendo á la divina Aspasia... pero á una Aspasia pura como la sonrisa de los ángeles. Aquel cielo parecióme el cielo diáfano y puro de Nisa; aquellas lágrimas, aquel dulce arrobamiento me recordaron la espiritual *Corina.* Largo rato estuve contemplando aquella encantadora criatura, hasta que haciendo un esfuerzo y arrancándome á mí mismo de aquel sitio, corrí desolado por la playa esclamando sin cesar: Oh! es mas bella cien veces que *Corina.* Desde entonces la amo á Vd; podrá Vd. no creerme... pero la amo. No pido una contestacion, porque el rubor que sombrea esas mejillas me dice que no

podria Vd. contestarme en este instante, sin que la mentira manchara esos lábios. Pero este papel encierra una pregunta que á ese corazon dirige el mio, y no olvide Vd. que sabré respetar su fallo. (*María se dirige hácia el proscenio enjugándose las lágrimas con el delantal. Luisa coge maquinalmente el papel que le presenta el Marqués: repara en María y dice precipitadamente.*)

Luisa. Por Dios, caballero, ni una palabra mas.

Marqués. Volveré.

Luisa. Oh! María! (*Al Marqués.*) Déjeme Vd., se lo suplico.

Marqués. (*Dirigiéndose al foro.*) (Me parece que no he perdido el tiempo.)

ESCENA VI.

LUISA. MARÍA. *Poco despues* BLAS, *que se habrá quedado en el fondo; se acerca á ellas.*

María. Pobre Blasillo! Está visto; no se puede tener cariño á nadie.

Luisa. (Este papel me está quemando las manos!) (*Al ver á su lado á María, se guarda el papel precipitadamente y se cubre la cara con las manos.*)

María. Vamos, y por qué lloras tú? Quieres entristecerme mas de lo que estoy?

Luisa. No, yo no lloro. Al contrario, estoy contenta... muy contenta.

Blas. (*Que se habrá acercado poco á poco, dice dando una palmada en el hombro de María.*) No jimotees mas, tontona. Ya, qué remedio tiene? el hombre nace hombre para ser hombre: lo mejor es resignarse. Es verdad que cuando uno se halla enamorado como un bestia de una muchacha como tú, no digamos que le gusta mucho abandonar el lugar, coger el chopo, y andar por esos vericuetos de Dios á trastazos con sus semejantes. Pero qué le hemos de hacer? el pobre paga tambien su contribucion, y pues me piden lo que debo, antes moro que consentir que diga la Reina que Blasillo le ha quedado á deber nada. Si tengo la desgracia de sacar la bola ne–

Lladó y Carbajal pta ...

gra, adelante con la recua, y mas listo que Cardona; pero si Dios quiere que la saque blanca, nos casamos, y creced y multiplicaos, como dijo no sé quién!

María. Sí, pero si en la guerra una bala te se lleva la mollera, entonces adios Blasillo.

Blas. (*Despues de rascarse la oreja un momento.*) Si eso sucediera... no me vendria muy bien que digamos... pero... báh, báh, báh, yo no quiero hablar de esas cosas. Con Dios. Ah! Se me olvidaba. Te he comprado estas ligas en San Sebastian, para que te acuerdes de mí.

María. Sin ellas me acuerdo demasiado!

Blas. Lee, lee ahí en esas cositas relucientes. A ver si dice lo que me han dicho que dice.

María. (*Leyendo.*) Dice: «Viva mi dueño.»

Blas. Ese soy yo. Con Dios, y hasta mas ver. (*Desaparece por el foro.*)

Luisa. (Antonio..! por qué su recuerdo me atormenta desde que he escuchado las palabras de ese hombre?) (*Viendo salir á D. Alejandro y á Alfredo de la quinta.*) (Oh! mi tio.) Vamos, María, no quiero que nos hallen aquí.

Voces

María. Sí, sí; á llorar en un rincon, como dice la tia Rufa. (*Entran las dos en la cabaña.*)

ESCENA VII.

D. ALEJANDRO. ALFREDO.

Alejandro. No lo niego, soy rico, inmensamente rico; pero me aburro, me fastidio; he trabajado treinta años para adquirir una fortuna, y soy como el gusano de seda que se afana en terminar la misma cárcel que le sirve de tumba. Yo me habia prometido una vida de opulencia, ansiaba colocarme en un puesto visible de la sociedad... pero entre trabajar, dormir, y ambicionar, han venido las canas á reirse de mí.

Alfredo. Veo que padece Vd. la enfermedad de los millonarios: el fastidio. Por qué no se viene Vd. conmigo á la corte? En los pueblos se va perdiendo la tranquilidad. La guerra civil ha arrojado sobre la pobre España su incendiaria tea. De un momento á otro,

la famosa sierra de Crevillente será teatro de las vandálicas escenas de algun caudillo de Cárlos V. Y Vd., á quien todos conocen por el hombre mas rico de la provincia de Alicante: será la primera víctima de sus rapiñas. Con que véngase Vd. á la córte, único puerto de salvacion en estos aciagos dias.

Alejandro. La corte no es para la gente vieja.

Alfredo. Me permite Vd. que le haga dos preguntas?

Alejandro. Y por qué no?

Alfredo. Cuántos años tiene Vd?

Alejandro. Sesenta y dos.

Alfredo. A cuánto asciende el capital sano de su fortuna?

Alejandro. A cuatro millones próximamente.

Alfredo. Con esa cantidad puede Vd. pasar en la corte por un jóven de 25 años.

Alejandro. A ver, á ver... esplíqueme V. ese enigma.

Alfredo. Se traslada Vd. á la corte, compra Vd. una bonita casa. Con mis relaciones y algunos miles de reales se alcanza para Vd. una cruz de San Juan, se añade un *de* á su apellido, y se busca un folletinista cuya hambre le haga ver tan claro como la luz del dia el glorioso orígen de sus abuelos de Vd. Terminados estos trabajos se invita á las personas mas notables de Madrid, á que tomen parte en el banquete que ofrece á la culta sociedad de la corte D. Alejandro García de Verdegay, caballero de San Juan. Ah!.. se me olvidaba decir á Vd. que debemos convidar á los gacetilleros; especie de papa-moscas que van con la boca abierta á caza de noticias para distraer el ócio de sus lectores. En una palabra, si Vd. sigue mis consejos, le prometo que tres dias despues de celebrado el banquete, D. Alejandro García de Verdegay figura en primera línea entre las curiosidades de moda, admirado y ensalzado por la culta sociedad de lo coronada villa.

Alejandro. Pues mire Vd., no me disgustaria eso.

Alfredo. (Clavemos otra cuña.) Pero si mal no recuerdo, Vd. me ha dicho que tenia una sobrina.

Alejandro. Efectivamente; una hija de mi desgraciado hermano: una chicuela avispadilla que se ha criado desde la edad de seis años en casa de Petra la pes-

Gouta y Dalmau foro dho.

cadora, á quien la dejó confiada mi hermano cuando partió á la Habana, donde desgraciadamente terminaron sus dias.

Alfredo. Le aconsejo á Vd. se lleve esa niña á la corte.

Alejandro. De eso trato; pero, amigo mio, los pobres tienen la maldita ocurrencia de querer tan entrañablemente á su familia, que por mas que he suplicado...

Alfredo. Ofrezca Vd. El dinero tiene una elocuencia cien veces mas convincente que la de Ciceron. Digo, al menos en la corte.

Alejandro. Volveré á insistir.

Alfredo. La niña es un punto de apoyo formidable, y quién sabe si algun conde se resignará á ofrecerle su mano y sus pergaminos.

Alejandro. Conque Vd. cree fácil que algun dia me llamen el tio de la condesa? Cáspita! eso seria llegar mas lejos de lo que ambiciono, pero no me desagradaria, se lo juro á Vd.

Alfredo. Yo estoy muy bien relacionado en la corte, y el dinero es el recurso mas ingenioso que se conoce.

Alejandro. (Este chico tiene talento.) Vd. es mi amigo... tiene Vd. una comprension...

Alfredo. Conozco á los hombres. He formado mi plan de vida y no salgo de él... soy lo que se llama un jóven vividor. Oh! cuando yo le digo á Vd. que hallaremos un conde! (Conozco á tantos arruinados!)

Alejandro. Jóven, como Vd. lográra lo que se propone yo le probaria que no soy ingrato.

Alfredo. Lo supongo, D. Alejandro, y por lo mismo me encargo de todo.

Alejandro. (Pues señor, este jóven me ha seducido... pecho al agua. De todos modos esta vida me aburre.)

Alfredo. (El marqués está arruinado, bien... esto me puede valer por dos partes...)

Alejandro. (*Aparecen por el foro Antonio y Petra.*) (Ah! es Petra!)

Alfredo. Le dejo á Vd. El marqués de Peña-Azul me está esperando á la orilla del mar.

Alejandro. Picarillo, no quiere Vd. perder el tiempo.

Alfredo. El tiempo es dinero, como dicen los ingleses. Luego tendré el gusto de presentar á Vd. al noble marqués.

Alejandro. Vaya Vd. con Dios. (Tiene talento este chico.)

Alfredo. (El negocio se presenta bien como sepa esplotarlo. Busquemos á Alberto.) (*Vase.*)

ESCENA VIII.

D. Alejandro. Petra. Antonio.

Petra. Ah! D. Alejandro, solo Vd. puede protejernos.

Alejandro. Vamos, vamos, no hay que apurarse; qué es lo que ocurre?..

Antonio. Mi pobre madre no tiene en el mundo mas sosten que su hijo, y esos hombres dicen que como no hay un papel que acredite la muerte de mi hermano, debo sufrir la suerte como los otros mozos del lugar. Oh! qué seria de mi madre sin mí!.. No, yo no quiero que mi madre tenga frio!.. tenga hambre!..

Alejandro. Vamos hijo mio... no te desesperes; yo soy rico y no puedo olvidar los beneficios que mi difunto hermano recibió de tu padre. Vé tranquilo, y si la suerte no te fuera tan propicia como deseas, yo te compraré un sustituto.

Petra. (*Besándole las manos.*) Es Vd. un angel!

Alejandro. No, Petra; yo solo soy un hombre que cumple con su deber.

Antonio. Pero un hombre de bien, que vuelve la tranquilidad á una madre angustiada, y por darle un abrazo daria diez años de mi vida.

Alejandro. Pues de todo corazon y gratis te lo doy, hijo mio. (*Se abrazan.*)

Antonio. Gracias. Oh! Gracias. (*Enjugándose las lágrimas.*)

Alejandro. Antonio, tú eres un muchacho honrado, un marino valiente: todo el pueblo lo dice, y yo prometo ayudarte en lo que pueda.

Antonio. Estoy contento con mi suerte. Trabajo, salud y vivir tranquilamente con mi querida madre, con mis buenas hermanas Luisa y María, es toda mi ambicion. Pero estoy molestando á Vd. con mis tonterias, y puesto que ya no tengo que temer nada, gracias á la bondad de Vd., corro á saber la suerte que me ha cabido. (Ocho años sin ver á Luisa!.. Oh! antes hubiera desertado!..) (*Vase foro izquierda.*)

ESCENA IX.

D. ALEJANDRO. PETRA.

Petra. Cómo podré pagar á Vd. tanto beneficio!

Alejandro. Quién piensa en eso! Además, cumplo con mi deber; mi hermano y tu esposo fueron buenos amigos y yo no debo olvidarlo.

Petra. El pobre Rafael!.. nos queria mucho.

Alejandro. Por esas razones vengo hoy á verte, dispuesto á hablar contigo por la última vez.

Petra. Aun insiste Vd. en llevarse á Luisa?

Alejandro. De eso trato, y por lo mismo voy á hablarte con toda franqueza. Luisa es mi sobrina y es en mí un deber asegurar su porvenir. Si se resigna á dejaros, si me acepta como padre, la nombraré mi heredera universal. Por que al fin, querida Petra, yo soy un pobre viejo que vive solo en el mundo. Luisa puede ser para mí una hija tierna que endulce con cariñosa solicitud los últimos dias de mi existencia... y qué diablo! á tí te quedan aun dos hijos, que cuiden de tu ancianidád; y no dejar que se venga esa pobre niña conmigo, es un egoismo indigno de tí.

Petra. Es muy justa la peticion de Vd... pero el corazon me dice que si Luisa nos abandona, mi hijo Antonio se morirá de pena.

Alejandro. Vamos, vamos, enjuga esas lágrimas. Yo no soy mas que un buen amigo tuyo y de tus hijos, y Dios me castigue si quiero vuestro mal.

Petra. Separándonos de Luisa, deja Vd. el dolor en el seno de mi familia.

Alejandro. Y quién piensa en separaros de ella? Por ventura no vivís enfrente de mi casa?.. no podeis verla á todas horas, tenerla á vuestro lado, vivir conmigo si así os place? En cuanto á Antonio, su porvenir corre por cuenta mia; mañana pienso pasar á San Sebastian, y te prometo que un armador amigo mio le dará un barco para que haga la travesía de Marsella.

Petra. Y no se arrepentiria Vd.; por que si supiera Vd. qué bueno es para con su madre!

Rafael y Carbajal foro izq.

Alejandro. Lo sé, Petra, lo sé. Despues, el chico, segun me han dicho, sabe leer y escribir.

Petra. Oh! sí, señor, y muy bien, vaya! como que era el mas aplicado de la escuela.

Alejandro. Conque quedamos en que le aconsejarás á Luisa que se venga conmigo; yo en cambio aseguraré la suerte de tus hijos.

Petra. Pero... y si ella rehusára..?

Alejandro. No lo hará; es jóven, y despues, como tú le dirás que la separacion, si se quiere, no es mas que en el nombre puesto que hemos de vivir en un mismo pueblo y frente por frente unos de otros...

Petra. Es verdad. En fin, Vd. ha sido siempre tan bueno para nosotros, que no puedo negarle nada: entremos, Luisa está en la cabaña.

Alejandro. Tanto mejor! (Vamos, por fin tendré una hija. (*Entran los dos en la cabaña. Por el foro salen el Marqués y Alfredo.*)

ESCENA X.

El MARQUÉS. ALFREDO.

Alfredo. Conque decididamente estás enamorado?..

Marqués. Hay en su fisonomía un no sé qué que me encanta, me fascina; y si ella contesta favorablemente á mi epístola, ya puedes prepararte, mi querido usurero, porque voy á saquear tu gabeta.

Alfredo. Vamos á cuentas, querido. Tus fondos están en un estado tan lastimoso, como tus rancios pergaminos; tú necesitas dinero para robar á esa niña y abandonarla al concluirse la última peseta que yo te preste. Pero la moral me aconseja que te cierre mi bolsillo con doble llave.

Marqués. Ah! pícaro avaro, conque los baños de Villajoyosa te han hecho moralista? Conque me dejas abandonado á mí mismo, en el trance mas sério de mi vida, despues que te has enriquecido á mi costa?

Alfredo. No soy ingrato: pienso rehacer tu fortuna.

Marqués. Cerrándome tu bolsa?

Alfredo. Sí, para que te cases con tu pescadora, que tiene cuatro millones de dote.

Marqués. Cómo..?

Alfredo. Ya te he hablado de su tio don Alejandro, un ricacho del lugar, que te entregará una por una sus viejas peluconas, solo porque le llamen el tio de la Marquesa... Conque ya vés, que darte ahora dinero, sería quererte mal.

Marqués. No hay quien te aventaje..! Eres el truhan mas listo entre los gitanos de frac y guante blanco que conozco en la corte... pero en esta ocasion echas la cuenta sin la huéspeda, si la niña no me ama.

Alfredo. Sepamos lo que le dices en tu misiva.

Marqués. Al despedirme de ella la he dejado una hoja de mi libro de memorias, en que le digo: «Si Vd. me ama, dejará el ramo de rosas blancas junto al árbol de *Corina*... Si antes de la caida del sol, no encuentro esas flores mensageras de su amor, no me verá Vd. jamás. El Marqués de Peña-Azul.»

Alfredo. Conque te has firmado, el Marqués de Peña-Azul..? Toca esta mano; la chica es tuya, y los millones (de los dos.)

Marqués. Conque decididamente quieres que me case?

Alfredo. Digo, á no ser que prefieras pegarte un tiro; porque de hoy en adelante prometo no hacer favores mas que á los casados.

Marqués. Oye, Alfredo. Estoy arruinado, bien lo sabes, y he venido aquí á echarme en tus brazos, porque no me queda otro recurso que ser tuyo en cuerpo y alma. Si ese enlace que me propones acaba de hundirme en el abismo que miro abierto á mis pies, ya me conoces, te arrastraré conmigo en la caida. Si por el contrario, me salvas, mi amistad te probará mi largueza. Aceptas?

Alfredo. Y por qué no? Aquí está mi mano.

Marqués. Y aquí la mia. (*Se dan la mano.*)

Alfredo. Yo haré de tí un hombre de provecho. Ahora esperemos aquí á don Alejandro. (*Se cojen del brazo y pasean por el foro.*)

Fando, Llompany y cuatro marineros foro izq.

ESCENA XI.

El Marqués *y* Alfredo *por el foro. El* Sargento, Blas *y cuatro* Aldeanos *salen por el foro de la izquierda.*

Robreño. Con que vosotros sois los afortunados?

Blas. Señor Sargento, no es una fortuna para los labradores honrados de Villajoyosa, comer el pan de municion. marinos.

Robreño. Animal, qué sabes tú lo que es servir al rey? Qué fué el Empecinado? nada! El marqués de Arolas? nada! Si á la suerte le dá la ventolera de soplaros en popa, puede que llegueis á... Y despues, aquí me teneis á mí, que á la edad de Cristo, me hallo comandante general del departamento con ocho leones á mi disposicion; y con el encargo especial de la Reina (Q. D. G.,) de recojer á los reclutas de los pueblos limítrofes...

Blas. Si es tan buena carrera, por qué el hijo del escribano y el del boticario se han eximido por inútiles, y están mas gordos que la mujer del tio Sargantana?

Robreño. Pues qué? tú te crees que la Reina quiere para nada esa gente? no ves que el uno tiene tinta por sangre, y los otros jarope?

Blas. Sí, pero aunque uno sea un bruto, no deja de conocer que los señoritos jamás cojen el chopo, mientras que el pobre...

Robreño. Ea, rompan filas, y á dar la agradable noticia á vuestras novias. Y nada temais, que las balas no se hicieron para los valientes, y dígalo yo que me han pasado por mi lado mas que estrellitas tiene el cielo.

Blas. Señor Sargento, y cuándo se nos lleva del pueblo?

Robreño. El mes que viene. Hasta la vista.

Napoleona, Teran, Goula y Lladó pta dh a y

ESCENA XII.

DICHOS *menos el* SARGENTO.

Blas. Conque no hay otro remedio! Todo sea por Dios! Y bien mirado, para qué nos hemos de afligir? No van otros y vuelven..? Ea! muchachos! ya que somos quintos, á cojer las guitarras y á despedirnos de las novias. (*Vánse corriendo por el foro de la derecha.*)

ESCENA XIII.

El MARQUÉS *y* ALFREDO *al foro.* D. ALEJANDRO, LUISA, MARIA *y* PETRA *salen de la cabaña.*

Alejandro. Pues sí, mi querida Luisa, desde hoy tú sola serás la dueña de todo, tu voluntad será la mia; pero veremos cómo te portas con tu pobre viejecito.

Luisa. Seria una ingrata si no quisiera á Vd. tanto como á la madre Petra. No ve Vd.? Ya está llorando como siempre.

Petra. No lo creas... Y por qué habia de llorar?

María. Pues qué? De veras, te vas con tu tio?

Alejandro. Sí, hija mia.

Luisa. Pero no viviremos muy lejos de vosotros, estaremos todo el dia juntas, no es verdad?

Alejandro, Sí, sí, picaruela!

María. Pero... y mi pobre hermano?

Luisa. Antonio..! Antonio! Será como siempre mi compañero de la infancia... mi cariñoso hermano. (*Reparando en el Marqués que baja con Alfredo.*) Ah!! (*Suelta el brazo de don Alejandro y corre á abrazar á Petra que la estrecha cariñosamente contra su corazon.*)

Alejandro. Qué..? (*Viendo al Marqués.*) Vamos, ya comprendo!

Alfredo. (*Acercándose á don Alejandro.*) Es negocio hecho.

Alejandro. Bravo! No tiene usted precio.

Alfredo. Señor don Alejandro: tengo el honor de presentar á usted á mi noble amigo, don Alberto de Figueroa, Marques de Peña-Azul.

Marqués. Caballero...

Alejandro. Señor Marqués! (*Hablan en voz baja.*)

Dalmau foro dh.

ESCENA XIV.

DICHOS. ANTONIO.

Antonio. (*Sin reparar en el Marqués se dirije á donde están Luisa, Petra y María. Las ve llorando y suelta una carcajada.*) Ja, ja, ja. Fuera lágrimas; hoy no se llora; soy libre, madre mia; libre como las aves marinas que se mecen sobre los mares en tiempo de borrasca! Oh! Dios no olvida á sus buenos amigos; ya no nos separaremos jamás! viviremos felices y tranquilos en nuestro humilde hogar con Vd., mi buena madre, y con vosotras, mi queridas hermanas. Pero no me escuchais? he prohibido el llorar, estoy de buen humor y quiero que todo el mundo lo esté. No venís á abrazarme..! qué es esto? qué pasa? qué ha sucedido? Madre mia, yo no comprendo el motivo de ese silencio que me hiela la sangre.

María. Lloramos porque Luisa nos abandona.

Antonio. Luisa! Es cierto lo que dice mi hermana? Madre... no... no... eso es imposible!

Alejandro. (*Acercándose.*) Querida Petra, hasta mañana; ya vendremos á pasar con vosotros un ratito. Señor Marqués, hágame Vd. el favor de dar el brazo á mi sobrina. (*El Marqués presenta el brazo á Luisa que maquinalmente se apoya en él. Antonio contempla con asombro la escena. Alfredo se coje del brazo de don Alejandro. María y Petra al otro estremo del teatro.*

Marqués (*Bajo á Luisa.*) No olvide Vd., hermosa niña, que la incertidumbre mata.

Alejandro. (*A Alfredo.*) Es Vd. un joven aprovechado.

Alfredo. Cuando se trata de hacer un favor, no pierdo tiempo. (*Antonio permanece en mitad del teatro abismado. Mira á su madre, luego á Luisa y al Marqués. Cuando estos desaparecen de la escena, lanza un grito de rabia y se dirije tras de ellos; al llegar á los dinteles de la alquería, se detiene.*)

Compasy con guitarra y numero y Cuatro
Comparsas con guitarras foro Izq.

ESCENA XV.

ANTONIO, MARIA *y* PETRA.

Antonio. Ja, ja, ja. Soy un necio; pues no me habia llegado á creer que lo que estoy viendo era verdad? Oh! no os perdonaré la broma; bien os reisteis del pobre Antonio! Vamos, vamos, madre mia, entremos por Luisa; confieso mi sorpresa.

ESCENA XVI.

DICHOS. BLAS *y algunos* MOZOS. BLAS *lleva en el sombrero un número 1, adornado con flores.*

Petra. Hijo mio... lo que has visto es tan cierto como la desgracia de esos mozos.
María. Blas!
Blas. (*Adelantándose.*) Presente. Número uno.
Petra. Ella nos deja... pero no nos olvida.
Antonio. Con que nos deja? Con que es como la ingrata gaviota que despues de criarla con tierna solicitud al calor de nuestro seno, apenas se siente con fuerzas para batir las alas, tiende su vuelo lanzando un graznido mofador..! Oh!! (*Dando un grito.*)
Petra. Antonio! qué intentas..?
Antonio. (*Rechazando á su madre.*) Dejadme!
Petra. Ah Dios mio! No le abandones, es el hijo de mis entrañas. (*Antonio vuelve los ojos, contempla un momento á su madre, y se lanza en sus brazos gritando.*)
Antonio. Madre mia, Luisa no me ama..!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Napoleona y Rafael con album y lapiz y Bladó con periódico aparecen.

ACTO SEGUNDO.

Jardin en casa de D. Alejandro. A la izquierda la fachada del edificio, con unas gradas que terminan en un terraplen en donde estará la puerta que conduce al jardin. El foro cerrado por una verja grande de hierro, y detrás de esta, lo mas lejos posible, un monte practicable tan elevado como lo permita el teatro. Por la escena, colocados convenientemente, algunas palmeras, árboles frutales, flores, bancos y mesas rústicas. En el primer término de la derecha un cenador cubierto de madre-selva y enredaderas, y en el segundo una multitud de árboles que figuran la entrada de un bosquecillo.

ESCENA PRIMERA.

(LUISA *y el* MARQUÉS *junto al cenador dibujando en un album que habrá sobre una mesa rústica.* D. ALEJANDRO *sentado en un banco, al otro estremo, leyendo un periódico.*)

Luisa. Cuidado, señor pintor, que está Vd. faltando á la verdad.

Marqués. Nada de eso; solo cambio la época y hermoseo con algunos detalles necesarios el cuadro. La naturaleza debe ser muchas veces embellecida por el arte.

Luisa. No me opongo, pero esa pescadora que está sentada al pié de ese árbol, con un libro en la mano, es un ángel de hermosura, mientras que el original...

Marqués. Era un arcángel. Oh! si Vd. la hubiera visto

en aquel instante, cuando sus hermosos ojos humedecidos por las lágrimas...

Luisa. Basta! (*Se queda pensativa. El Marqués la contempla un momento.*)

Marqués. Siempre que intento recordar á Vd. una escena que está grabada en mi corazon, interpone esa palabra que me desespera. Si trazo sobre este papel esa dulce emocion de mis sentidos, bien lo sabe Vd., es porque deseo ver con los ojos del cuerpo, lo que estoy viendo eternamente con los ojos del alma.

Luisa. Pues bien, Alberto, no quisiera ver jamás esos recuerdos de lo pasado; mi conciencia me acusa de ingrata cuando pienso en esa repentina separacion.

Marqués. Diga Vd. mas bien, que ama á ese muchacho, que ha tenido la insolencia de fijar en Vd. sus ojos.

Luisa. Pobre Antonio!.. no es amor lo que para él guarda mi corazon. (*El Marqués la contempla un momento y luego empieza á dibujar demostrando mal humor.*)

Alejandro. La guerra va tomando un carácter formal: será preciso seguir los consejos de Alfredo. La corte, la corte!

Marqués. Luisa, hace tiempo que estoy esperando una respuesta, y ese silencio me humilla.

Luisa. Y por qué esa desconfianza? Oh! estoy viendo que acabará Vd. por negarme su amistad... (*Alargándole la mano que el Marqués estrecha con amor.*)

Marqués. Oh!

Luisa. Silencio! (*Señalándole á D. Alejandro que se habrá levantado.*) Mi tio!

Alejandro. (*Mirando el periódico y acercándose á donde están Luisa y el Marqués*. (Sí, sí, no me cabe duda! soy yo... yo en letras de molde!.. Pero señor, ese diablo de Alfredo cómo ha podido tan pronto...

Luisa. (*Apoyándose en el hombro de D. Alejandro.*) Y se puede saber lo que dice ese periódico?

Alejandro. Qué ha de decir! Pero es mucho talento el de ese chico!

Marqués. Y qué es ello?

Alejandro. Oiga Vd., mi querido Marqués, y tú tambien, Luisa. (*Lée.*) «Sabemos por una persona que nos inspira la mayor confianza, que un rico capitalis-

Ua bajal con cajita - foro dho pta izqª

ta de la provincia de Alicante, á quien el gobierno ha agraciado con la cruz de San Juan, viene á establecerse en la corte. Le acompaña una hermosa niña, sobrina suya, y heredera de sus cuantiosos bienes. Se asegura tambien que un título muy conocido en la corte, piensa contraer matrimonio con la linda viajera, y que el próximo invierno se darán bailes en un bonito palacio que al efecto está preparando en esta una persona entendida.» Qué le parece á Vd? No es verdad que soy yo?

Marqués. Reconozco en ese suelto la pluma de Alfredo.

Alejandro. Oh! le aseguro á Vd. que si no estuviese descansando, le habia de...

Marqués. No es verdad, señorita, que el párrafo del casamiento es solo una suposicion? (*A Luisa.*)

Luisa. Quién sabe!

Alejandro. Yo ignoraba que pudiera uno hacerse visible tan pronto. Decididamente me traslado á la corte. (*Sigue leyendo. El Marqués y Luisa, hablando en voz baja. Alfredo aparece en el terraplen, se apoya en la barandilla de la escalera y contempla un momento la escena.*)

ESCENA II.

DICHOS *y* ALFREDO.

Alfredo. (*Desde el terraplen.*) (Estoy contemplando á vista de pájaro tres minas que espero esplotar antes de poco.) Dan Vds. permiso?

Marqués. No hablaba Vd. de ese perillan? Ahí le tiene Vd.

Alfredo. Adios, Marqués. Señorita...

Alejandro. Venga Vd. acá, buena pieza; venga Vd. acá. (*Alfredo baja á la escena.*)

Luisa. (*Al Marqués.*) Es Vd. amigo de ese jóven?

Marqués. Sí.

Luisa. Lo siento; porque no me gusta su solicitud para con nosotros.

Alejandro. Despues de un viaje tan precipitado, no le viene mal al cuerpo dormir ocho horas.

Alfredo. No lo niego, pero yo me he prometido á mí

mismo no dormir mas de tres horas por dia, hasta que tenga diez millones; uno para cada dedo.

Alejandro. Ah! Sabe Vd. que estoy muy enfadado con Vd. por no haberme dicho lo de la cruz?

Alfredo. Y el placer de la sorpresa? (*Le dá una cajita.*) Tome Vd.; carillo me ha costado, pero salí con la mia.

Alejandro. Pero cómo diablos se lo ha arreglado Vd?

Alfredo. Muy sencillamente. He probado hasta la evidencia los sacrificios que hizo Vd. por los vecinos de Villajoyosa durante el cólera del año 34, y el gobierno, admirado y agradecido de la filantropía de Vd., le recompensa con la cruz que tengo el honor de ofrecerle.

Alejandro. Pero si yo eché á correr en cuanto supe el primer caso, y no paré hasta Gibraltar!

Alfredo. Pues ahí verá Vd.

Alejandro. No lo entiendo.

Alfredo. Pues es muy sencillo. Vd. huyó por miedo de contagiarse?

Alejandro. Sí.

Alfredo. Pues salvándose Vd., cometió un rasgo de filantropía consigo mismo, y el gobierno no puede ver esas cosas con indiferencia.

Alejandro. Tiene Vd. razon; no habia caido en ello.

Alfredo. (*Cogiendo el brazo de D. Alejandro*) Y qué tal los niños; han adelantado algo?

Alejandro. Ni esto! (*Llevándose el dedo pulgar á los dientes.*) Y francamente, no sé en qué piensan; por mas que yo les insinúo, nada... y esto me aburre.

Alfredo. El amor platónico, lo tengo comparado á los sinapismos, que hasta que no se rocían con agua no pican.

Alejandro. Y cree Vd. que el Marqués..?

Alfredo. Es negocio hecho! Ah! Llévese Vd. á Luisa. Mientras hablo yo con el Marqués, le enseña Vd. los trajes que la he traido.

Alejandro. Comprendo... quiere Vd. darle un empujoncillo al Marqués? Bravo! (Este chico es un sábio!) Luisa, sabes que nuestro amigo Alfredo está impaciente por saber si te gustan los trajes que te ha traido?

Luisa. Pues esa impaciencia puede terminar muy pronto. (*Se coje del brazo de don Alejandro.*) Vamos, Marqués.

Alejandro. (*Al Marqués.*) Quédate.

Marqués. Soy con Vds. al momento.

Alejandro. Vamos... vamos. Hasta luego, señores.

Luisa. Oh! me ama. No debo vacilar. (*Entran en la casa.*)

ESCENA III.

El Marqués. Alfredo.

Alfredo. Y bien Marqués, qué has hecho en mi ausencia?

Marqués. Aburrirme! Desesperarme! Esa mujer no me ama, y lo que antes fué un capricho, hoy es en mí una necesidad... una segunda vida... porque estoy enamorado de Luisa... Ríete si quieres, pero estoy enamorado como un imbécil.

Alfredo. Pero hombre! cómo os lo arreglais para enamoraros?

Marqués. Algun dia tu corazon responderá á esa pregunta.

Alfredo. Lo dudo; porque como el corazon es inquilino que paga tan mal, hace tiempo que lo he trasladado á la buhardilla; es decir, á la cabeza, y así me va mejor.

Marqués. Alfredo, Luisa no me ama.

Alfredo. Imposible!

Marqués. Te digo que no me ama; pero si alguno me robara su corazon, sería capaz de...

Alfredo. Tranquilízate, Alberto; Luisa no puede amar á ese chico. Se halla en ese período de indecision natural en la mujer. Es como el viajero escarriado que de repente encuentra ante su paso dos caminos y se detiene un instante para pensar cuál de los dos debe seguir; y yo, que lo he precavido todo, me felicito por haber hallado el medio para obligarla á que elija.

Marqués. No te comprendo.

Alfredo. Le he escrito un anónimo á ese chico dicién-

Company con gorra, morral y una vara fore dh.

dole que Luisa no ha tenido un momento de alegría desde que dejó su casa.

Marqués. Eso es una imprudencia.

Alfredo. Calla, y escucha! Le aconsejo que puesto que ya, gracias á los favores de D. Alejandro, le han nombrado patron de un buque, se halla en el caso de pedir la mano de Luisa. Despues he hecho que D. Alejandro convidára á toda su familia, porque esta noche serás presentado como el futuro esposo de Luisa. Crees tú que hay una mujer en el mundo que vacile entre un marqués y un pescador..? Te he preparado el camino; sigue, pues, adelante sin volver los ojos.

Marqués. Alfredo: cuando he querido librarme de un rival, mis recursos han sido siempre la espada ó la pistola. No puedo admitir ese medio.

Alfredo. Aqui no se trata de medio; se trata de pegar fuego á la mina; si perdemos, entonces busca otra salida.

Marqués. Corro á decirle que...

Alfredo. (*Deteniéndole.*) Quieto: tú no le dirás nada; he prometido casarte con esa niña. Ya conoces mi fuerza de voluntad. Esta noche es preciso que se decida; esperar mas, seria indecoroso para entrambos.

ESCENA IV.

Dichos, Blas *con gorra de cuartel, morral, y una vara en la mano.*

Blas. (*Entrando.*) Buenos dias, paisanos. (*Sigue hablando el Marqués y Alfredo.*) Eh? Paisano.

Alfredo. Qué diablos quieres?

Blas. Dígame Vd., está el patron?

Marqués. Y quién es el patron?

Blas. D. Alejandro.

Alfredo. Y quién eres tú? (*Habla en voz baja con el Marqués.*)

Blas. Yo soy Blasillo! Antes era arrendador de D. Alejandro, y vengo á despedirme de él, porque como he caido soldado, me marcho esta tarde con la

coluna á Alicante, y desde alli nos embarcamos para reforzar el ejército de Cataluña. (*Blas se habrá ido acercando hasta colocarse entre los dos. El Marqués se aparta de su lado con disgusto.*)

Alfredo. Este chico es de aquellos que dice Quevedo que tienen cara de bruto y lo son. Tú pertenecerás á las caballerías? No es verdad?

Blas. No señor; porque los animales como Vd. no ignora... suelen tener malas partidas... (chúpate esa..) (*El Marqués coje del brazo á Alfredo, y pasea. Blas los va siguiendo.*)

Marqués. Te digo que no puedo consentir en traer engañado á ese chico; es una infamia que un caballero...

Alfredo. No seas necio; el tiempo de los doce pares de Francia ha pasado... (*Reparando en Blas que les sale al encuentro al dar la vuelta.*) Pero ese imbécil, con su presencia, no nos deja combinar el plan de ataque. Vamos á dar un paseo, y te probaré que el ridículo es el arma mas horrible que se conoce en tratándose de la mujer.

Marqués. Vamos. (*Blas se vuelve á mirar la fachada de la casa.*)

ESCENA V.

BLAS *solo.*

Cuando veo esta casa, no puedo menos de esclamar... y qué cosas cria la naturaleza! No es verdad, paisanos, que el señor don... Calla! pues se han marchado, sin decir Dios guarde á Vd. No, pues como alguno de vosotros caiga soldado y entre en mi compañia, pobre de él si soy cabo. Cuando pienso que tengo que abandonar esta tierra que me vió nacer, y dejarme en ella á mi pobre María... se me hace un nudo en el corazon, y me pongo mas triste que un topo cuando lo sacan de entre sus terrones. Voto al rey de bastos! y yo que ya me habia comprado un San Ramon Nonato para la noche de mi boda... No quiero pensar mas en ello, porque acabaria por perder la chaveta. (*Blas empieza á subir*

Ygoula, Teran y Dalman foro dh.

las escaleras que conducen á la casa, á cuyo tiempo salen por el foro Antonio, Petra y María. Antonio viene como los patrones de barco mercante, levita larga, sombrero alto, etc., *pero con mal gusto.*)

ESCENA VI.

Blas. Antonio. María. Petra.

Antonio. No es aquel Blas?
María. Sí. Eh, Blasillo.
Blas. Presente. Calla, pues sois vosotros? Pues me alegro, porque pensaba ir á veros.
María. Con que hoy te marchas?
Blas. Sí; la Reina me necesita, segun dicen. Pero antes de marcharme, venia á ver á D. Alejandro. Pero ahora que me acuerdo, ¿habeis hecho las paces con Luisa?
María. No hemos reñido nunca con ella.
Petra. Reñir? y por qué? Ella será siempre mi querida hija.
Blas. Pues á mí me parece que se acuerda mas de ese petimetre que la hace corococos, que de vosotros.
Antonio. Blas, no vuelvas nunca á hablar de la ingratitud de Luisa. Si abandonó nuestro humilde hogar, fué por nuestro bien. Luisa es como la garza real, que aunque remonta su vuelo hasta el sol, nunca se olvida del árbol donde nació.
Blas. Dí mas bien que es como las grullas, que desde pequeñitas se crian con los polluelos de una gallina, y cuando les llegan las alas á la cola, paff! echan á volar, y si te he visto no me acuerdo.
Antonio. Basta. No quiero que se hable mal de Luisa.
Blas. Bien, hombre; esto es un decir: conque me voy á ver á D. Alejandro.
Antonio. Madre, mientras Vd. les avisa nuestra llegada, María y yo aguardamos en el jardin.
Petra. Antonio, por qué ese abatimiento?
Antonio. Madre mia, la paz de mi corazon huyó con Luisa.
Petra. (Valor). Vamos, Blas.

María. (*A Blas.*) No te vayas sin verme.
Blas. Descuida. (*Blas y Petra entran en la casa.*)

ESCENA VII.

ANTONIO. MARÍA.

Antonio. María, tú eres desgraciada! Desgraciada tanto como tu pobre hermano; y bien sabe Dios que á costa de la mia quisiera hacer tu felicidad.
María. El bien y el mal no duran cien años, y debes resignarte como yo. Es verdad que se me parte el corazon solo de pensar que Blas se marcha, y si no vuelve que Dios se apiade de mí.
Antonio. Amas á Blas y Blas se va á la guerra; yo amo á Luisa y Luisa se va á la corte.
María. Sí, pero tú has recibido hoy una carta que es una esperanza.
Antonio. Oh! esa carta ha sido para mí lo que es el cable para el náufrago que lucha con las agonías de la muerte. Ella ha reanimado mi abatido espíritu, y quiero aprovecharme de este momento de fiebre para decirla lo que por tanto tiempo no me he atrevido á revelarme ni á mí mismo. Quiero que sepa que su amor es para mí mas que la vida; tanto como la honra. Que su recuerdo va conmigo hace cuatro años, y que su encantadora imágen, allí donde se fijan mis ojos, allí la veo. En la blanca espuma que hace brotar la quilla de mi nave, allí está Luisa. En la trasparente estela que en pós de sí deja el timon, allí veo á Luisa. En la brisa que agita las blancas velas, en el eterno gemido de las olas, en la azulada nube que mancha el firmamento, en el canto de las aves marinas, en la luna que nace, en el Sol que se pone, en mi corazon, en mi mente, en todas partes veo á Luisa. Porque es tan imposible para mí verla y no amarla, como entrever la felicidad y no desearla.
María. Yo te compadezco porque á mí me sucede lo mismo, y aunque no sabré espresar nunca de ese modo la causa de mis penas, conozco que si tú

Napoleona   ptte ing 11

fueras dichoso, tendria mas resignacion para esperar la vuelta de Blas.

Antonio. Oye María: si Luisa me ama, te prometo que Blas no irá á la guerra.

María. Eso no puede ser; él no tiene dinero para comprar un sustituto.

Antonio. Yo tengo ya un porvenir; yo sabré buscarlo. Luisa me dijo un dia: «aprende á leer y serás mañana un hombre de provecho;» y á fuerza de desvelos he logrado salir de ese círculo imbécil en que se revuelven todos mis amigos de la infancia. Siento en mi corazon una voz que me dice: «adelante» y yo te juro que iré hasta el fin del mundo sin retroceder, hasta que halle lo que ambiciono; vuestra felicidad, su amor.

María. Ah! no seremos tan afortunados!

Antonio. Es Luisa! Procura dejarme solo con ella.

ESCENA VIII.

DICHOS *y* LUISA.

Luisa. (*Arrojándose en los brazos de María.*) Hermana mia! Mi buen Antonio... ah! por fin venís á verme.

María. Ya era tiempo, no es verdad?

Luisa. Mi buena María!

Antonio. Nosotros no hemos dejado de verte, porque tu recuerdo está en nuestros corazones.

María. Sabes que estás muy hermosa con ese vestido?.. ah! de buena gana te daria... otro abrazo.

Luisa. Con el alma. (*Se abrazan.*)

María. Ahora que te he visto buena y te he abrazado dos veces, os dejo solos, porque vosotros tendreis que hablar como en otro tiempo; y además, Blasillo está dentro. Adios, Luisa; Adios, Antonio. (*Entra en la casa.*)

ESCENA IX.

ANTONIO. LUISA.

Luisa. (Pobre Antonio! Su mirada me lastima!)

Antonio. (Tengo el corazon de un niño, y quiero abrigar en él las pasiones de un hombre... Imbécil! termina tu obra.) Luisa, me han dicho que te vas á la corte.

Luisa. Sí, pero cuando termine la guerra, volvéremos á Villajoyosa. Tú tambien abandonas el pueblo. Dicen que te han nombrado patron de un buque que se hará á la vela para la Habana dentro de algunos dias.

Antonio. Es verdad; gracias á la bondad de tu tio, dentro de ocho dias voy á dar el primer paso en el camino de mi porvenir. Si el viento de la prosperidad hincha las velas de mi gallardo buque, el pobre pescador tornará á estas playas á ofrecer á la mujer que ama su mano y su fortuna.

Luisa. (Matar sus esperanzas, es matar su porvenir... Oh! jamás le diré que no le amo.)

Antonio. Antes de emprender mi viaje, he pensado verte, Luisa. Si no me hubierais invitado, hubiera venido tambien. El pobre marino necesita llevarse una esperanza en su corazon, que le dé fuerzas para luchar contra las tempestades del Océano, contra los embates de la suerte. Y esa esperanza es tu amor; tu amor que recojió el alma de un niño y que hoy aun le guarda avariento el corazon del hombre. Luisa, puedo partir con la seguridad de que tu amor me acompañará?

Luisa. Antonio, mi corazon guardará siempre para tí, un tesoro de cariño santo y bello que brotó en mi alma con la primera aspiracion de la niñez. Tranquiliza tu espíritu; surca los mares y no olvides nunca que en estas playas te esperan una madre angustiada y una hermana cariñosa que ruegan por tí á Dios todos los dias. Pero no olvides tampoco que la suerte colocó nuestros destinos tan distantes, que solo la mano de Dios puede unirlos. Conoces á mi tio, es

Rafael y Carbajal foro dha.

para mí un segundo padre, yo debo acatar su voluntad.

Antonio. El amor es el lazo que une á los séres. Si tú me amas, no habrá distancia que no venza, peligro que no arrostre, deseo que no logre. Derrama un solo destello de esperanza, y el mar es mio.

Luisa. Pues bien, hermano mio, yo solo acataré la voluntad de mi tio. (Me asesina su dolor.)

Antonio. Oh! Entonces corro á buscarle... (*Aparece el Marqués y Alfredo por entre los árboles que conducen al bosquecillo.*)

Luisa. Ah! Silencio!

Antonio. (Otra vez la duda! Siempre la duda: es preciso acabar.)

ESCENA X.

DICHOS. *El* MARQUES. ALFREDO.

Alfredo. (Allí está nuestro hombre. El enemigo no es muy temible... valor!)

Marqués. (*Adelantándose.*) Señorita! Ah! no está Vd. sola. Pero si mal no recuerdo, este jóven es el hermano adoptivo de Vd. (*Antonio hace un movimiento de cabeza.*)

Alfredo. Eres un gran fisonomista; yo no le hubiera reconocido. La primera vez que tuve la honra de ver á ese jóven, me lo enseñó don Alejandro. Iba Vd. cargado con unas redes y unos remos.

Antonio. Entonces, caballero, mi oficio era el de pescador, y con aquellas redes ganaba el pan de mi familia.

Alfredo. Ya; ahora, segun parece, le han dado á Vd. algun destinillo?

Antonio. Voy á satisfacer la curiosidad de Vd. Soy patron de un buque mercante y vengo á esta casa invitado por su dueño.

Alfredo. Lo siento, porque pensaba protejer á Vd. Tiene Vd. buena figura, y en Madrid me habian encargado un lacayo de las condiciones de Vd.

Antonio. (*Cogiéndole el brazo á Alfredo.*) Supongo,

caballero, que no se estará Vd. burlando de mí, porque de lo contrario...

Alfredo. Me asusta Vd., querido. Qué es lo que me podria suceder, dado caso que me burlára de Vd.?

Antonio. Le arrancaria la lengua.

Alfredo. Insolente! (*Le levanta la mano. Antonio se la detiene fuertemente. Luisa se coloca entre los dos*).

Luisa. Antonio! Por Dios, hermano mio! (*Antonio suelta el brazo de Alfredo. Va á sentarse junto á la mesa de la derecha.*)

Antonio. Yo buscaré á ese insolente.

Alfredo. Já, já. No vale la pena de que nos enfademos. Amigo mio, tiene Vd. unos puños que harian honra á un mozo de cordel.

Marqués á Alfredo. (Acabemos.)

Luisa. (Es preciso terminar esta escena.)

Alfredo. Pero con esta trági-comedia se me olvidaba decir á Vd. que el Marqués nos abandona esta noche.

Luisa. Para un viaje tan repentino, debe haber una causa muy importante.

Marqués. (*Bajo á Luisa.*) La causa es, señorita, que no quiero hacer por mas tiempo el papel de amante desdeñado.

Antonio. (*Hojeando el Album.*) Es ella! ella! (*Arranca la hoja y se la guarda. Alfredo mira al Marqués y á Luisa y se sonríe. Se acerca á Antonio.*)

Alfredo. Están en buen camino! Dejémosles marchar. (*A Antonio.*) Valiente marinero, se pasó ya la rabieta? Somos amigos?

Antonio. Mi corazon no guarda rencor á nadie.

Marqués. (Solo á ese precio me quedo, Luisa.)

Luisa. Pues bien, hable Vd. con mi tio. Cuando la tarde decline, esperaré la respuesta aquí en el jardin.

Marqués. Oh!.. Gracias Luisa, gracias!

Luisa. Entremos.

Marqués. Vamos... Alfredo. (*Presentándole el brazo á Luisa.*)

Alfredo. Soy con Vd. jóven; no hay que tenerme rencor. (*Se dirijen á la casa y aparece el sargento Robreño con mochila y fusil.*)

Tando con mochila y fusil por dh.

ESCENA XI.

DICHOS. ROBREÑO.

Antonio. Oh! se marcha sin decirme una palabra.

Robreño. Salud y pesetas, patroncita! Dios guarde á Vds., caballeros; se ofrece algo para el Maestrazgo?

Alfredo. Con que se marcha Vd.

Robreño. Dentro de media hora. Doña Luisa, toque usted esa mano, que no es la del verdugo, y V. S. tambien, señor Marqués. Qué diablos! yo tambien llevo sobre el pecho una cruz de San Fernando, que la respeto y que la amo mas que á mí mismo.

Marqués. La mano de un valiente honra al que la estrecha. (*Le da la mano.*)

Robreño. Conque somos amigos?

Marqués. De corazon.

Robreño. Viva la Pepa! Vale Vd. mas plata que la lámpara de Capuchinos.

Luisa. Tiene Vd. muy buen humor.

Robreño. Siempre lo mismo. Vd. recuerda cuantos años tenia Cristo? No eran treinta y tres? Pues treinta y tres facciosos voy á matar á la salud de Vd., con estas manos que se han de comer á la tierra. Con Dios. (*Se dirige al foro.*)

Marqués. Es un soldado valiente.

Luisa. Me ha enternecido, á pesar de su rudeza.

Alfredo. A mí tambien! (La cosa marcha.)

ESCENA XII.

ANTONIO *sentado.* ROBREÑO *le ve cuando llega al foro, se acerca á él y le da una palmada en el hombro.*

Robreño. Tú no quieres tocarla! Por qué estás tan amorrado? (*Antonio se levanta y le presenta la mano al Sargento.*)

Antonio. No tengo nada. Estaba pensando en mi buena madre.

Robreño. Por vida del dos de bastos! por eso te aflijes?

y quién no tiene su madrecita en el mundo? Yo tambien tengo la mia, y que me quiere mas que á las alitas de su corazon; pero qué tiene que ver esto con el buen humor?

Antonio. Señor sargento, hay hombres en el mundo para quienes la alegría no existe.

Robreño. Tá, tá, tá, tú estás enamorado. Mira Antonio, desde el primer dia que entré alojado en tu casa, te cobré cierto apego, y cuando supe que habias sacado la bola blanca lo sentí, porque hubieras hecho un buen soldado. Pero, en fin, cómo ha de ser! si algun dia me necesitas, Vicente Robreño, sargento segundo de la cuarta del regimiento de la Princesa. Cuartel general del Maestrazgo.

Antonio. Gracias, amigo mio, quién sabe si volveremos á hallarnos?

Robreño. Voy á darte un consejo, porque aquí donde me ves soy una peseta vieja, que de tanto sobarla ha perdido las columnas. La mujer es como la cabra; mientras le das sal, te lame la mano; cuando la sal se acaba, te encaja una topada que te deja sin color para toda la vida. No olvides mi consejo. La mejor quemarla. Con que, Antonio, tócala y hasta el valle de Josafat. (*Se dirige al foro y vuelve.*) Ah! Mira, cuando salga Blasillo el recluta, díle que esté listo para el primer toque de generala si no quiere llevar treinta palos en las costillas. Con Dios. (*Váse foro izquierda.*)

ESCENA XIII.

ANTONIO *solo*.

Ah! por fin me dejan solo. (*Saca el dibujo que habrá arrancado del album.*) Es ella! sí, ella!.. Daria diez años de mi vida porque esta figura de hombre que se oculta detrás del árbol estuviera terminada... Pero esa historia del libro de *Corina* que me ha contado mi hermana, no puede ser cierta. Luisa acaba de decirme: háblale á mi tio... pero luego se marchó sin decirme una palabra... sin mirarme siquiera... Vamos, no nos ofusquemos. Oh! maldita imaginacion,

Lladó pta 1891

que te complaces en crear montes en donde no hay mas que llanuras. Es preciso terminar de una vez. La incertidumbre está consumiendo mi espíritu, asesinando mi existencia. Ea, valor. Cuando se puede tocar la realidad, por negra que sea, los hombres como yo la deben preferir á la duda. La vida es un juguete despreciable cuando se vive sin la felicidad. Juguemos la vida. (*D. Alejandro aparece en el terraplen.*)

ESCENA XIV.

ANTONIO. D. ALEJANDRO.

Alejandro. Allí está: es una comision que no me agrada; pero si al fin se casa con el marqués, del mal el menos. (*Baja á la escena.*) Hola, buena pieza, qué te haces tan solo!

Antonio. Ah! D. Alejandro.

Alejandro. Vaya, vaya, qué tienes? estás triste? te pasa algo? Supongo que ya tendrás en tu poder el nombramiento.

Antonio. Sí señor; y no sé cómo demostrar á Vd. mi gratitud...

Alejandro. Cumpliendo como honrado, pagas con creces ese pequeño beneficio que te he hecho.

Antonio. Yo le prometo á Vd. que mi conducta desde hoy honrará á mi bienhechor, y que jamás se borrarán de mi corazon los beneficios que Vd. depositó en mi mano.

Alejandro. Lo sé, lo sé; eres un muchacho como hay pocos. Pero por qué diablos tienes hoy esa cara de pocos amigos?

Antonio. D. Alejandro, Vd. ha sido para mí un segundo padre, el ángel de mi familia, y no debo tener secretos para Vd. Yo amo á Luisa; no concibo la felicidad sin su amor y vengo á pedirle á Vd. su mano.

Alejandro. Diablo! Tú has perdido la chaveta! Querido Antonio, hijo mio, olvidas que Luisa es mi heredera, y que yo tengo cuatro millones?

Antonio. No es el dinero lo que me induce á dar este

Rafael ptz iog̃ii

paso; es una pasion que alimento en mi alma y que embellece mi existencia.

Alejandro. Hombre! me parece que tu cabeza no está sana, y por lo tanto me niego abiertamente á tu peticion.

Antonio. Piense Vd. bien, que para nada quiero los cuatro millones; que su mano es lo único que ambiciono. Yo soy jóven, soy fuerte y no me arredra el trabajo. Dios ha velado por mí desde la infancia, Dios velará por mí hasta el dia de mi muerte.

Alejandro. Mira, Antonio, si necesitas dinero, mi bolsa es tuya; quieres mi proteccion? aquí está mi mano. Seré tu amigo, pero tu suegro, eso es imposible.

Antonio. Y si Luisa me amase?

Alejandro. Amarte! Pero hombre, no digas disparates. Cómo ha de amarte á tí, si está perdidamente enamorada del Marqués de Peña-Azul?

Antonio. Del marqués? Oh! ¡imposible!

Alejandro. Cómo? qué es eso de imposible?

Antonio. Ah! Si fuera cierto, Dios mio. (*Se deja caer en un banco.*)

ESCENA XV.

DICHOS *y el* MARQUES.

Marqués. D. Alejandro.

Alejandro. Quién? Ah! señor Marqués.

Antonio. (*Levantándose con rapidez.*) El Marqués!

Marqués. Dispense Vd. si vengo á interrumpirle; pero en este instante soy tan feliz, que me falta el tiempo para publicar mi dicha. Luisa me ama, me ama y vengo á pedirle á Vd. su mano.

Antonio. Le ama? señor Marqués, eso es mentira.

Marqués. Insolente! (*Se abalanza hácia Antonio, el cual le espera con los brazos cruzados, mirándole con altivez. D. Alejandro se coloca entre los dos.*)

Alejandro. Cómo se entiende? Te atreves á faltar al respeto al señor Marqués? Hé ahí el fruto de mis beneficios. La ingratitud. Vete, vete de mi casa, eres indigno de mi aprecio.

Company — pte 129

Antonio. Me arroja Vd. de su casa, oh!.. Tiene Vd. razon para ello. He sido un insolente, un miserable, y bien mirado, por qué no ha de amar Luisa al señor Marqués? Por ventura, hay necesidad de cumplir las promesas que se hacen á un pobre pescador? Los santos recuerdos de la niñez, para qué guardarlos en el corazon cuando de nada nos sirven? Soy un imbécil, un insensato que me he atrevido á mirar al sol con altanería, y porque sus rayos me han cegado me quejo de mi suerte. Al perro que se le arroja un hueso para que sacie su hambre, qué estraño es que se le despida, si en su ingratitud muerde la mano que le alimenta? Oh! he sido un imbécil, un insensato, pero un insensato que cumplirá con su deber. (*Váse precipitadamente por el foro de la derecha.*)

ESCENA XVI.

D. ALEJANDRO. *El* MARQUES.

Alejandro. (*Mirando al Marqués.*) Qué dice Vd. de esto, Marqués?
Marqués. Que me compadezco de ese jóven!
Alejandro. Lo mismo digo yo, es una lástima.
Marqués. Ese hombre lleva la muerte en el corazon.
Alejandro. Con que decididamente desea Vd. casarse con Luisa? Bien, no tengo nada que decir á una peticion que, además de creerla muy honrosa para mí, hará la felicidad de mi sobrina. Pero hombre! cómo diablos han tardado Vds. tanto en entenderse?
Marqués. Luisa me ha revelado el motivo de su indecision; no creia que fuese mi amor verdadero, y...
Alejandro. De modo que cuando se persuadió de lo contrario dijo que sí. Querido Alberto, digo mal, hijo mio, dale el brazo á tu papá político, y vamos á ver á esa picarilla.
Marqués. Como Vd. guste, papá suegro.
Alejandro. Já, já, já. Bonito nombre! Papá suegro! já, já, já. (*Entran en la casa á tiempo que sale Blas, el cual les saluda grotescamente.*)

Dalmau con saco de dinero y cartera foro dh.

ESCENA XVII.

Blas *solo.*

Ya se fueron. María me ha dicho: «espérame en el jardin y hablaremos.» Cuando un hombre va á despedirse de la novia, se encuentra así, atontado... El caso es que yo le tengo un asco á la guerra, que de pensarlo no me llega el cuerpo á la camisa. Si yo pudiera darles esquinazo en el camino... pero, y si me fusilan? Lo mejor es que en la primera chamusquina que se arme, me pinte la cara con sangre y me haga el difunto... no, tampoco me conviene. (*Se queda pensativo.*)

ESCENA XVIII.

Blas *y* Antonio *por el foro de la derecha con el mismo traje del acto primero; lleva un saquito pequeño de dinero y una cartera.*

Antonio. (*Viendo á Blas.*) (Ah! Dios me lo envía.) (*Acercándose á Blas.*)
Blas. (*Asustado.*) Quién vive?
Antonio. Nada temas. Escucha lo que voy á decirte, y responde como si estuvieras en presencia de Dios. (*Blas le mira asombrado.*) Amas á mi hermana?
Blas. Mas que á la salud del cuerpo.
Antonio. Te casarias con ella si no fueses soldado?
Blas. Ahora mismo.
Antonio. Te asusta la guerra?
Blas. Mas que el hambre y tanto como la muerte.
Antonio. (*Sacando un escapulario del pecho.*) Jura, pues, sobre esta imágen de la Vírgen, ser un buen esposo para mi hermana, un buen hijo para mi madre, y voy en lugar tuyo á servir al rey. (*Blas le mira un momento estupefacto, luego suelta una carcajada.*)
Blas. Já, já, tú has empinado el codo...
Antonio. No seas necio, jura.
Blas. Lo dices de veras?

Antonio. Sí, jura.
Blas. Pues si es de veras, no quiero admitir ese trato.
Antonio. Piensa que mi hermana te ama, y que esta separacion podria ser la causa de su muerte.
Blas. Si se muere que la entierren; no admito.
Antonio. Con que estás resuelto?
Blas. Sí, voto al draque; iré soldado cien veces si es preciso. No se hable mas del asunto... pues no faltaba mas!
Antonio. Escucha... y si María te dijese... Blas, conviene que vaya Antonio en tu lugar...
Blas. Entonces... ya seria otra cosa.
Antonio. Pues bien, entra en casa de don Alejandro, le dices á Luisa sin que nadie lo oiga, que Antonio desea hablarla por la última vez, y está esperándola en el jardin.
Blas. Bien. En el jardin.
Antonio. Luego te reunes con María, y sin que mi madre os vea, venís á buscarme.
Blas. Pues señor, no entiendo una palabra, pero allá voy. (*Entra en la casa.*

ESCENA XIX.

ANTONIO *solo*.

Estoy resuelto. El mar es ya un campo demasiado tranquilo para mí. Mi orgullo de hombre ha sido destrozado por esa gente que no me ha comprendido. Necesito la guerra; ella es mi porvenir. La muerte ó la gloria son los caminos que se presentan ante mi paso; mi corazon no retrocederá. Cuando la paz del espíritu se pierde, es preciso aturdirse. Los combates, la sangre, el estruendo del cañon, esa es mi vida, ese és mi elemento. Castas y risueñas ilusiones de la niñez, yo os arrojo de mi sér, yo os maldigo! He sido un necio y se han reido de mí. Miserable corazon, tú te creias que en el mundo bastaba amar para ser amado, y el mundo te arroja con desprecio por no mancharse al contacto de tus harapos. Sufre, pues, el castigo de los necios, la indiferencia de los demás. Yo me rio de tí, porque tam-

Cuello pta 1ra

bien te desprecio, y me avergüenzo de mí mismo porque te he pertenecido.

ESCENA XX.

ANTONIO. LUISA.

Luisa. (*Desde el terraplen.*) Qué me querrá? Habrá sabido mi resolucion? No le veo. Ah! sí, allí está (*Baja á la escena y se acerca á Antonio.*) Antonio.

Antonio. Gracias, Luisa, gracias por haber venido.

Luisa. Antonio, tú has llorado; tú padeces!

Antonio. Padecer, llorar, oh! Si osaran mis ojos derramar una sola lágrima, sabria arrancarlos con mis propias manos.

Luisa. No te comprendo, pero tus palabras me sobresaltan.

Antonio. Oye Luisa, tu tio acaba de despedirme de su casa.

Luisa. Oh!

Antonio. Me ha arrojado ignominiosamente porque le he pedido tu mano.

Luisa. Yo te prometo que volverá á abrirte sus puertas. Ya le conoces, Antonio, él es bueno. Corro á decirle...

Antonio. Es inútil. Sé que dentro de poco serás la esposa del Marqués. Todo ha terminado entre nosotros. Los pobres tenemos tambien un patrimonio; el orgullo, hijo del decoro y de la virtud.

Luisa. Antonio, debia habértelo confesado antes; amo al Marqués. Mi corazon no guardó para tí otro sentimiento que el cariño de hermano, y ese vivirá eternamente en mi alma.

Antonio. Yo no lo admito. Toma. (*Alargándole una cartera y un bolsillo.*)

Luisa. Qué es esto!

Antonio. Una limosna que no puedo aceptar. Si con ella pensó D. Alejandro pagar el pan de la pobreza que partimos contigo en nuestro humilde hogar, no nos conoció bien. Yo se lo devuelvo, y te suplico le digas de mi parte que nada nos debe.

Luisa. Antonio, y tu madre y tu hermana? qué será de ellas?

Antonio. Al que confia en Dios, Dios le ayuda, Dios le proteje, Dios le socorre.

Luisa. Oh! Si aun resuena el acento de mi voz en tu corazon... si guardas en él un resto de cariño para Luisa, Antonio, yo te lo ruego, yo te lo suplico... acepta esta pequeña recompensa que puede ser el primer escalon de tu fortuna.

Antonio. Es inútil.

Luisa. Mira Antonio, yo he causado tu desgracia sin saberlo. Tú me amabas con el cariño arrebatado del amante: yo con la tranquilidad de la hermana; y sin embargo, tus sufrimientos pesan sobre mi conciencia. Por mi tranquilidad, por la gloria de tu padre, admite este pequeño don. Y si para ello es preciso que mi tio satisfaga tu amor propio, él te abrirá los brazos; te pedirá perdon de sus palabras.

Antonio. He dicho que es inútil.

Luisa. Está bien: no insisto mas. Rehusas un beneficio porque lo crees humillante, y olvidas que yo mendigué un dia á la puerta de tu cabaña el pan de la caridad. Rompe si te place los fraternales lazos que nos unen desde la infancia; yo los guardaré eternamente en mi corazon, y solo con mi existencia podrán estinguirse. Adios. (Oh! su madre tal vez! Corro á buscarla.) (*Aparecen María y Blas en el terraplen.*) María, tu hermano me desprecia. Dios quiera que tus palabras hallen eco en su corazon. (*Váse.*)

ESCENA XXI.

ANTONIO. MARIA. BLAS.

María. Antonio, es cierto que quieres abandonarnos?

Antonio. Sí, María, sí. (*Se oye á lo lejos tocar á generala.*) Ya no hay tiempo que perder. Luisa ama al Marqués; si tú comprendes mi desesperacion, no dudo que aprobarás mi partida. Si permanezco aquí, mi corazon me dice que faltando á los deberes del hombre y á los preceptos del cristiano, acabaré

por suicidarme. Necesito, pues, un estímulo que me proteja, que me salve; la guerra es el único. Decide.

María. (*Despues de una pausa.*) Antonio, comprendo tu dolor: parte.

Antonio. (*Arrojándose en sus brazos.*) Ah! tú sola me amas. Ahora, que Dios me proteja. (*Váse precipitadamente por el foro.*)

Blas. Con que le dejas ir?

María. Sí; mi conciencia me lo manda.

Blas. Pero mujer, y tu madre?

María. Le quedamos nosotros.

Blas. Pero y si le matan?

María. Blas, al que muere en el campo de batalla, Dios le abre las puertas del Paraiso, y los hombres respetan su memoria, envidian su suerte; pero al desgraciado que termina sus dias con sus propias manos, Dios le rechaza, los hombres le maldicen. Vive tranquilo; he salvado á mi hermano.

ESCENA XXII.

DICHOS. PETRA.

Petra. María, dónde está Antonio? Es cierto lo que me ha dicho Luisa? responde.

María. Madre, Antonio es desgraciado y corre en pos de la felicidad.

(*En este momento pasan por lo mas alto del monte algunos soldados seguidos de tres reclutas. Poco despues aparece Antonio con el mismo traje del acto primero, estiende los brazos hácia su madre, cruza el monte con toda la velocidad posible. Petra lanza un grito de dolor y cae en brazos de María y Blas.*)

Miradle.

Antonio. (*Desde el monte.*) Madre mia, ruega á Dios por tu hijo!

Petra. Ah!!! (*Lanzando un grito, y cae desfallecida en brazos de María y Blas.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Napoleona aparece.
Camps con carta foro dr.

ACTO TERCERO.

Gabinete lujosamente amueblado. Al fondo una chimenea francesa á cuyos lados se verán dos panoplias adornadas con toda clase de armas, entre las que habrá floretes, espadas, sables, caretas de tirar, guante, etc. A los estremos del foro dos puertas. La de la derecha figura ser la de la entrada. La de la izquierda conduce á lo interior de la casa. Puertas laterales y un balcon.

ESCENA PRIMERA.

Luisa *sentada junto á una mesa-escritorio, escribiendo á la luz de una bujia.*

Querido tio, qué debo pensar del silencio de Vd? Si tantos y tantos beneficios no me hubieran probado el paternal cariño que para Luisa guarda su corazon, podria figurarme que Vd. me olvidaba: pero es imposible: Vd. es bueno y no podrá negarme el último sacrificio que le pido, y con el que me prometo arrancar á mi esposo del círculo en que vive. Mi querida Adela me encarga le mande á Vd. un beso. (*Representando.*) Si oye mi súplica habré salvado á Alberto. (*Toca una campanilla.*)

ESCENA II.

Luisa. Ramon.

Luisa. Ha venido el señor marqués?
Ramon. Aun no, señorita.

Luisa. Qué hora será?
Ramon. Las nueve y media.
Luisa. Las nueve y media..! Imposible! *(Corre al balcon y lo abre. En este momento deja el criado una carta en la mesa que ha escrito Luisa.)* Oh! debe haberle sucedido algo! Ramon, á qué hora salió el señorito anoche?
Ramon. A las once, señorita.
Luisa. Qué traje llevaba?
Ramon. Capa.
Luisa. Y no te dijo si iba con algunos amigos?
Ramon. Nada, señorita.
Luisa. Ha venido alguna carta para mí?
Ramon. Ninguna, pero anoche á las diez preguntó por V. S. el general Gutierrez; pero como la señorita no se hallaba en casa...
Luisa. Ha venido el general Gutierrez?
Ramon. Ayer, segun dijo, llegó de Alicante, y necesita para un asunto urgente ver hoy mismo á V. S.
Luisa. Está bien: al momento que llegue me avisarás.
Ramon. Así lo haré.
Luisa. Al correo. *(En este momento coje la carta y se la dá al criado, y repara en la otra que dejó Ramon.)* Ramon, quién ha puesto esta carta aquí?
Ramon. No sé nada, señorita.
Luisa. Ramon, tu vendes á tu amo.
Ramon. Señorita... Juro á V. S...
Luisa. Mis sospechas habian recaido en tí, pero ahora se han tornado realidades. Si vuelvo á hallar otra carta, serás despedido. Y en cuanto al hombre que ha comprado tu lealtad, dile de mi parte que hoy mismo sabrá el marqués el contenido de sus cartas. Vete.
Ramon. Malo, será preciso enterarle de lo ocurrido. (*Vase llevándose la bujía.*)

ESCENA III.

LUISA.

El general en Madrid. Oh! el corazon me dice que le manda mi tio... Sí, sí, estaba bien segura que no

Rafael y Camps foro dha.

podia haber desatendido mi carta. Dios mio, haz que no se desvanezca mi esperanza. Escribámosle para que venga á verme inmediatamente. (*Aparece en el foro el marqués y Ramon.*)

Marqués. En cuanto llegue el señor de Ruiz hazle entrar. (*Entra en la escena sin reparar en Luisa; arroja lejos de sí la capa y el sombrero y se deja caer en un sofá. Luisa le contempla un momento. Se acerca á él y se apoya en su hombro. Ramon desaparece.*)

ESCENA IV.

LUISA. MARQUES.

Luisa. Buenos dias, Alberto.

Marqués. Ah! eres tú, Luisa.

Luisa. Sí, yo que te he estado esperando toda la noche. Pero esos pícaros negocios te traen tan ocupado... que se pasan los dias sin verte.

Marqués. Luisa, he gastado mucho y necesito trabajar para reponer mi fortuna.

Luisa. Los hombres todos son lo mismo. Corren en pos de la fortuna cuando la desgracia les persigue y olvidan con esa lucha incesante que la verdadera felicidad está en la paz del espíritu. Para mí no existe la dicha sin tu amor, sin mi querida Adela.

Marqués. Pues bien: por mi Adela, por tí, Luisa, deseo salir de esta atmósfera que me ahoga; de esta lucha incesante que me asesina.

Luisa. Estás disparatando, querido Alberto. Dices que deseas salir de esta atmósfera que te ahoga; pues bien, hoy mismo si te place puedes hacerlo.

Marqués. Imposible.

Luisa. Válgame Dios: has perdido la memoria, mi buen Alfredo. Te olvidas, por desgracia, que hay en Villajoyosa un viejecito de setenta años, de cabellos blancos, de rostro dulce y apacible, que nos quiere mas que á sí mismo y que no desea otra cosa que tenernos á su lado? Te olvidas de su bonita casa á la orilla del mar, con su jardin poblado de palmeras, árboles frutales y vistosas flores, y su gran cocina

para el invierno con la chimenea de campana? Oh! á buen seguro que si mi tio nos viera entrar por la puerta de su casa, se volvia loco de placer. En todas las cartas me dice lo mismo: venios á vivir conmigo. Quiero ver á Adela, necesito que me lo rompa todo como en otro tiempo, para ser feliz. Y en cuanto á la niña no cesa de preguntarme por el abuelito.

Marqués. Pues bien, iremos, sí, iremos. Quiero dejar la corte y vivir solo para vosotros... Pero ahora es imposible.

Luisa. No me opongo.

Marqués. No hablemos mas de este asunto.

Luisa. Te has enfadado conmigo?

Marqués. Enfadarme contigo..!

Luisa. Es que lo hubiera sentido, porque pensaba pedirte un favor. Digo mal; un regalo de mucho mas precio para mí, que todos los que me has hecho en tu vida.

Marqués. Pide, pide Luisa, y ojalá pueda satisfacer tu deseo.

Luisa. Pido tu confianza, Alberto; tu confianza que hace dos años me has retirado y que es lo único que me falta para ser feliz: tu retraimiento para conmigo, tu eterna tristeza, me lo han revelado todo.

Marqués. Pues bien, Luisa; hace dos años que la fatalidad me persigue; ni un solo negocio ha dejado de malograrse. La fortuna que tu buen tio puso en mis manos el dia de nuestra boda, ha desaparecido.. Para qué ocultarte nada? estoy arruinado.

Luisa. Alberto, la pobreza es un bien cuando se tiene paciencia para sobrellevarla, porque de ella nace el trabajo y del trabajo la paz del espíritu, la tranquilidad de la conciencia. Dejemos la corte: en Villajoyosa nos aguarda la felicidad.

Marqués. Imposible! Los hombres como yo ó se retiran con honra ó sufren una caida ruidosa. Luisa, voy á contarte con la desnudez de la verdad mi situacion. Me hallaba arruinado y tomé 10,000 duros en calidad de depósito. Esa cantidad la he perdido con una mala jugada de bolsa. Hoy tengo que satisfacerla ó seré demandado ante los tribunales como el

Camps foro dha.
Carbajal foro dha.

infame que abusa de la confianza de otro. Viendo que se acercaba la hora de satisfacer esa deuda, cojí anoche 15,000 reales, resto de mi fortuna, y fuí á una casa de juego, donde lo he perdido todo. Luisa, he causado tu desgracia y la de mi hija; soy un miserable que solo merece tu desprecio.

Luisa. Despreciarte, porque la suerte se empeña en ser tu enemiga..! porque eres pobre, cuando la mayor riqueza para mí es tu amor. Venga en buen hora ese hombre por su dinero; yo le daré mis muebles, mis trajes, mis joyas; que mientras me deje á tí y á mi hija, seré la mas rica del universo, la mas feliz de las mujeres.

Marques. Luisa, Luisa, eres un ángel. (*Abrazándola.*)

Luisa. Vamos, mi querido Alberto, ánimo. Oh! ya verás como dentro de dos meses, cuando vivamos tranquilos allá en el pueblo, nos reiremos de estos apuros; y daremos gracias á Dios por habernos conducido al lado de aquel venerable anciano, despues de habernos hecho probar la fortuna y la desgracia. (*Ramon aparece en el fondo.*)

Marqués. Qué quieres? A qué vienes á interrumpirnos?

Ramon. Como V. S. me dijo que en llegando el señor Ruiz avisase...

Marqués. Ah! sí. Díle que entre. (*Luisa se levanta para marcharse.*) Te vas, Luisa?

Luisa. La presencia de ese hombre me molesta.

Marqués. No comprendo por qué te inspira ese rencor; es un buen amigo, y en algunas ocasiones á su generosidad he debido el salir de mis apuros.

Luisa. Los beneficios que ese hombre te ha prestado, han recaido siempre en su favor. Algun dia te avergonzarás de haber estrechado su mano.

Marqués. Eres una celosa! pero pronto terminarán tus celos, porque estoy decidido á abandonar la corte, y allá en nuestro retiro solo viviré para tí.

Luisa. Sí, sí, y para nuestra hija. Adios; te espero.

Marqués. Iré á buscarte. (*Aparece Alfredo en el fondo; saluda á Luisa, esta le contesta con frialdad, y se va por la izquierda.*)

ESCENA V.

MARQUES. ALFREDO.

Alfredo. Por la cara que me ha puesto tu mujer, creo que he venido á estorbar.
Marqués. Alfredo, Luisa es un ángel.
Alfredo. (*Dirigiéndose al foro.*) Vuelvo.
Marqués. Cómo, te marchas?
Alfredo. Sí; no encuentro un marido que no me diga lo mismo: mi mujer es un ángel. Es un trozo de mazapan; mi mujer es una paloma sin hiel, es un caramelo, es un terron de azúcar, y por no caer en la tentacion de casarme, pongo piés en polvorosa en cuanto oigo hablar de esa materia.
Marqués. Siéntate aquí; no hablemos mas de mujeres. Hablemos de negocios.
Alfredo. Eso es ya otra cosa; te escucho.
Marqués. Estoy arruinado.
Alfredo. Santa palabra. Adelante.
Marqués. Necesito 10,000 duros.
Alfredo. Y sobre qué quieres tú esa cantidad?
Marqués. Mi firma...
Alfredo. No sirve.
Marqués. Alfredo! á tí te consta lo contrario.
Alfredo. Es verdad, pero entonces valia tu firma cien mil duros. Eras soltero; yo tenia esperanzas de casarte con una princesa que pagára tus deudas.
Marqués. Basta de bromas. Te he mandado llamar, porque tengo una completa confianza en tu ingenio. (*Pausa.*)
Alfredo. Por qué no le escribes á D. Alejandro, pintándole en una carta sentimental tu situacion? Aun le debe quedar algo, porque supongo que no te lo habrás comido todo.
Marqués. Mi tio!.. pobre viejo. Solo le queda de su fortuna una casa y algunas hanegadas de tierra, cuyo valor apenas llegará á cuatro mil duros, y eso lo necesita para él. Me avergonzaria de admitir el único sosten de su vejez.
Alfredo. Los viejos, con un plato de sopa y un rosa-

rio, tienen lo suficiente para no morirse de hambre y ganar el cielo despues de su muerte.

Marqués. Es inútil, no quiero, no debo pedirle nada. Cuando me casé con Luisa, hace ocho años, la nombró heredera de sus bienes, reservándose esa parte pequeña para ir á morir tranquilo al pueblo donde nació. Seis años ha permanecido á nuestro lado, hasta que el consejo de los médicos le hicieron volver á Villajoyosa. Dejémosle vivir en paz.

Alfredo. Como quieras. Ah! por qué no vendes el marquesado?

Marqués. Es de mi hija.

Alfredo. No seas necio. Hoy no estamos en el tiempo de las Cruzadas, tiempo en que un Marqués pobre le bastaba para rehacer su perdida fortuna un rocin flaco, una lanza larga, una armadura mohosa y unos puños á prueba de martillo. Hoy un título pobre, es lo mismo que un zapatero sin herramientas: se muere de hambre. Con que, vende esos viejos pergaminos y...

Marqués. Nunca. Mis abuelos los ganaron derramando su sangre por la patria y por el rey. No me pertenecen, son de mis herederos.

Alfredo. Hola! Tienes conciencia... respetas la propiedad del prójimo. Entonces no busques dinero.

Marqués. Préstame esa cantidad.

Alfredo. No puedo. Soy tan pobre como tú.

Marqués. Miserable, desconfiado, dudas de mí?

Alfredo. No; pero me es imposible. Se me ocurre otro medio. Por qué no te dirijes á tu cuñado?

Marqués. Qué cuñado?

Alfredo. El general Gutierrez; él es rico, y no te negará nada.

Marqués. Olvidas que yo causé su desgracia?

Alfredo. Estás en un error; lo que tú has hecho es su fortuna.

Marqués. No te comprendo.

Alfredo. Antonio el pescador pensaba casarse con Luisa, pero le birlaste la novia; la desesperacion le condujo á la guerra, y la guerra le hizo general. Luego sin tí, hoy seria un pobre diablo.

Marqués. Es imposible! No tengo franqueza con ese

hombre; apenas le saludo cuando la casualidad hace que le halle en alguna parte.

Alfredo. No lo niego; pero tu mujer tiene suficiente franqueza con él.

Marqués. Qué dices?

Alfredo. Está claro. No se olvidan tan pronto las simpatías de la infancia. Además, yo sé que alguna que otra vez se han hablado, y que él siente en el alma el mal estado de tus negocios. Anoche, sin ir mas lejos, cuando yo entraba á verte, él salia. Pero tan turbado, tan distraido, que ni siquiera reparó en mí, y eso que tuve que apartarme para dejarle paso.

Marqués. Anoche? (Me habia dicho Luisa que estaba de cuartel.)

Alfredo. (Me parece que dí en el clavo. Ella me amenaza con entregar mis cartas al Marqués... La lucha ha empezado. Veremos quién gana.) En qué piensas?

Marqués. Dices que el general salia cuando tú entrabas?

Alfredo. Tienes buena memoria.

Marqués. Y qué hora seria?

Alfredo. Las diez.

Marqués. (Oh! es imposible.)

Alfredo. (Remachemos el clavo.) Con que tu mujer continúa en la manía de establecerse en Villajoyosa?

Marques. Sí. (*Distraido.*)

Alfredo. Hace bien, qué diablos! Al fin tiene allá á su familia; su hermano el general vegeta entre aquellos vericuetos.

Marqués. (Oh! su afan de retirarse será por él?)

Alfredo. Pero es posible que las mujeres sean tan amigas del oropel? Cuánto les gusta á ellas decir... mi amigo el general... mi... Pero nos apartamos de la cuestion. Conque, te decides á que Luisa le pida á su querido hermano los diez mil duros? Yo creo que es el camino mas corto... además estoy plenamente convencido que el general no le niega nada á tu mujer. Y si ella le recuerda las pastoriles escenas de la niñez... porque eso siempre suena tan bien en nuestros oidos...

Marqués. Alfredo! (*Cogiéndole por el cuello. Ramon*

Camps foro dh.;
Dalmau con carta y billetes de banco foro dh.

se presenta en el foro. El Marqués suelta á Alfredo.)

ESCENA VI.

DICHOS. RAMON.

Ramon. Señor, el general Gutierrez pregunta por la señora.

Alfredo. Es el general mas oportuno que conozco. (*El Marques se dirige hácia el foro. Alfredo le detiene.*) A dónde vas? Lo que te he dicho puede ser una suposicion, hija de la amistad. Tiempo nos queda para saber...

Marqués. (*Alargándole la mano.*) Perdona mi arrebato; conozco á Luisa, y en prueba de que tengo una completa confianza en su virtud, á pesar de las apariencias, verás cómo me porto. (Oh! que no sepa nadie, si es culpable, mas que yo.) (*A Ramon.*) Dile al general que pase, y avisa á la señora. Vamos á mi habitacion.

Alfredo. (Me oculta sus celos! peor para él.) Vamos. (*Váse el Marques foro izquierda. Alfredo, al pasar por el lado de Ramon le dice:*) Procura oir lo que le diga el general. (*Váse.*)

Ramon. Como esto dure tres meses, se hace un buen negocio. (*Se acerca al foro derecha.*) Señor general, puede vuecencia esperar un momento en esta sala mientras aviso á la señora. (*Váse puerta izquierda.*)

ESCENA VII.

ANTONIO *solo.*

Habré llegado tarde. La carta que Luisa dirigió á su tio, era tan apremiante... pero nuestra conciencia puede estar tranquila; no hemos perdido tiempo. (*Sale Luisa y hace una seña al criado, que desaparece.*)

ESCENA VIII.

LUISA. ANTONIO.

Luisa. Y bien, general... mi tio?
Antonio. En su nombre vengo. Aquí tiene Vd., señora Marquesa, esta carta y este fajo de billetes.
Luisa. Dispense Vd., general: esta carta es para mí de sumo interés, y entre buenos amigos debe reinar franqueza. (*Abre la carta.*)
Antonio. Vd. me honra demasiado, señora.
Luisa. Veamos. (*Lee.*) «Querida Luisa: Con nuestro buen amigo el general, te envio los doce mil duros que me pides. Es el resto de mi fortuna... Soy tan viejo, que no siento ser pobre: mi única ambicion es teneros á mi lado, y vivo con la esperanza de que vendrá mi idolatrada Adelita á recibir el último suspiro de su abuelo. No digas nunca al Marqués que estoy arruinado. Dios lo ha querido: respetemos su voluntad. Tu tio, que te adora, Alejandro.»—Arruinado por nosotros, y ni una palabra de reconvencion. Oh! es un ángel.
Antonio. Señora Marquesa, D. Alejandro suplica á usted que queme esa carta. El Marqués es un caballero, y no consentirá nunca salvarse á costa de la ruina de otro.
Luisa. Es verdad. (*Con tristeza.*) A pesar mio, me veo obligada á aceptar esta suma. La desgracia ha precipitado á mi esposo en un abismo. Mi deber es salvarle. El es bueno, es noble; pero es escesivamente orgulloso, y el dia que la sociedad le cierre sus puertas, que la amistad le retire su mano...
Antonio. Ese dia el general Gutierrez vendrá á ofrecerle cuanto valga, y se creerá honrado si el Marqués acepta su ofrecimiento y estrecha su mano.
Luisa. (*Alargándole la mano.*) Gracias, Antonio. Es usted un hombre honrado, un buen amigo, y espero que mi esposo se envanecerá con la amistad de Vd.
Antonio. He terminado mi encargo: estoy á la órden de Vd., Marquesa.
Luisa. Una palabra antes de separarnos. Yo dejé en

Villajoyosa una familia, que en otro tiempo lo fué todo para mí. Las puertas de su humilde cabaña se abrieron para la pobre huérfana. La llamaron su hija, y partieron con ella el pan de la pobreza. General, esa familia honrada se acuerda aun de Luisa?

Antonio. Los recuerdos que se depositen en el corazon, no se borran nunca.

Luisa. Conque es decir, que cuando recuerdan mi ingratitud, no me aborrecen!

Antonio. Mi madre y mi hermana no supieron aborrecer jamás.

Luisa. Y Vd., general; Vd. á quien tan cruelmente...

Antonio. Señora, si la vida del campamento y el silbido de las balas no hubieran purificado mi alma de aquel amor, jamás me hubiera presentado delante de Vd. Por eso, cuando despues de seis años de separacion, la casualidad nos volvió á colocar frente á frente, me acerqué á Vd. con la sonrisa en los lábios y la mirada serena, y le tendí mi mano con la ruda franqueza del soldado. Vd. la estrechó contra la suya; nuestras frentes no se turbaron, nuestra conciencia permaneció tranquila. Desde aquel instante en nuestras almas no se abrigaba otro sentimiento que la amistad, pero pura y grande como la del hermano.

Luisa. Pues bien, general; quiere Vd. ser mi hermano? Quiere Vd. unirse conmigo para salvar á mi esposo?

Antonio. Juro sacrificar mi existencia por la suya.

Luisa. Gracias, general.

Antonio. Ahora es preciso no perder tiempo. Entregue Vd. esos billetes al Marqués. Permítame Vd. que me retire.

Luisa. Cuándo piensa Vd. volver á Villajoyosa?..

Antonio. Mañana. He pedido mi cuartel, y deseo acabar mis dias junto á mi querida madre.

Luisa. General, es Vd. jóven; ocupa Vd. un sitio distinguido en la milicia, y piensa retirarse? No ambiciona Vd. nada?

Antonio. No conocí nunca la ambicion. La guerra ha terminado. Soy un general de campaña, á quien molesta mas el ruido de los hombres que el silbido

Clamps · foro dha. á
Rafael y camps. foro izq.

de las balas. Un soldado que se transforma en un pacífico ciudadano desde que enmudece el cañon. Además, mi salud está algo quebrantada; las heridas me hacen padecer mucho y necesito el descanso, la paz del hogar doméstico. Volveré á despedirme del Marqués.

Luisa. Adios, hermano mio; no olvide Vd. su promesa.

Antonio. Oh! nunca! (*Vase.*)

ESCENA IX.

LUISA *llama y sale* RAMON.

Luisa. Al señor Marqués, que le espero. (*Váse Ramon.*) Oh! sí, es un corazon grande y noble. Su mirada serena, la energía de sus palabras, la tranquilidad de su espíritu, todo me dice que el amor que un dia brotó en su corazon, se ha disipado como las nieblas de la noche al primer rayo del sol. Ahora ya puedo admitir su amistad, porque la amistad de un hermano es pura y grande como el dolor de los mártires.

ESCENA X.

LUISA. *El* MARQUÉS. RAMON.

Marqués. (*A Ramon.*) Corre en su busca, y avísame en llegando. (*Váse Ramon.*) (Yo sabré si se aman, y ay de ellos!) Aquí me tienes, querida Luisa.

Luisa. (*Cogiendo los billetes y presentándoselos al Marqués.*) Toma.

Marqués. Qué es esto? Hola! billetes del Banco por valor de doce mil duros! Bonita suma!

Luisa. Ya puedes pagar á tu terrible acreedor. Te presto esa cantidad, pero te exijo los réditos: oh! De hoy en adelante voy á ejercer la usura contigo.

Marqués. (*Distraido.*) Qué réditos son los que me exige mi querida prestamista?

Luisa. Que me ames mucho, que estés siempre contento y que abandonemos la corte.

Marqués. Ah! no es muy difícil ser buen pagador de ese modo. Pero de dónde has sacado tanto dinero en tan poco tiempo?
Luisa. Te olvidas del viejecillo de Villajoyosa? El es mi cajero.
Marqués. Te habrá escrito.
Luisa. No.
Marqués. Entonces te habrá mandado una persona de confianza, porque una cantidad así, no se fia á cualquiera.
Luisa. Ya lo creo: nada mas que á un antiguo conocido, á quien le jugamos una mala pasada.
Marqués. Ah! Ha sido el general Gutierrez el portador?
Luisa. El mismo.
Marqués. Me parece que es buen hombre el general.
Luisa. Que nos quiere mucho. Ahora mismo me estaba diciendo aquí, que tu amistad es lo que mas ambiciona.
Marqués. Con qué eso decia, el bueno de Gutierrez? Pues bien poco vale la amistad de un hombre arruinado. Y ha venido á la corte á...
Luisa. Unicamente por hacernos ese servicio; pues que ya sabes que está de cuartel en Villajoyosa, como está bastante delicado de resultas de las heridas...
Marqués. Luisa, decididamente, en cuanto termine mis asuntos nos vamos.
Luisa. Ah! no me engañes..! Cuidado, porque hoy mismo le escribo á mi tio para que nos tenga preparada la habitacion. Y luego cuando estemos allá, tengo que pedirte un favor.
Marqués. Puedo saber cuál es, antes de emprender el viaje?
Luisa. Es un secreto.

ESCENA XI.

DICHOS. RAMON.

Ramon. Ese caballero está esperando.
Marqués. (Ah!) Luisa, déjame solo. Luego iré á buscarte.

Dalmau y Camps foro dha

Luisa. Es tu acreedor.
Marqués. Sí...
Luisa. Adios. Te espero, porque si te es posible mañana hemos de emprender el viaje.
Marqués. Mañana... tal vez hoy.
Luisa. No tardes. (*Váse Luisa por la puerta izquierda.*)
Marqués. Ramon, que pase ese caballero.

ESCENA XII.

El MARQUES *solo.*

Ese candor, esa inocente sonrisa que brillaba en sus lábios, será el candor de la hipocresía... del vicio..? Yo sabré la verdad. Si es culpable... Vamos, vamos, es preciso tener prudencia. Si Alfredo se ha engañado, le arrancaré la lengua.

ESCENA XIII.

El MARQUES. RAMON *y* ANTONIO.

Ramon. (*Anunciando.*) El general Gutierrez.
Marqués. Oh! mi querido general..! Adelante.
Antonio. Señor Marqués, me ha dicho su criado que usted deseaba verme.
Marqués. Es muy cierto, y espero que Vd. me dispensará esta molestia. (*El Marqués se acerca á Ramon y le habla al oido. Ramon desaparece por el foro izquierda. Poco despues vuelve y deja una caja que contendrá dos pistolas, encima de una mesa, y desaparece.*) Querido general, acaba Vd. de hacerme un favor que no puedo menos de agradecer y recompensar.
Antonio. Estoy á las órdenes de Vd., señor Marqués.
Marqués. Mi esposa me ha entregado doce mil duros, de los cuales Vd. ha sido el portador.
Antonio. Así es.
Marqués. Dice que á nuestro buen tio D. Alejandro, es á quien debemos esa cantidad.
Antonio. Por sus propias manos me fué entregada.
Marqués. Lo creo, general. Y aunque agradezco en el

alma la generosidad de mi tio y el servicio que Vd. me ha prestado, me veo en la dolorosa precision de renunciar ese dinero.

Antonio. No comprendo...

Marqués. Oh! ya lo comprenderá Vd. Estoy arruinado, es verdad; pero, amigo mio, yo no le he pedido á nadie que me saque de mis apuros, y ese rasgo de esplendidez me parece de muy mal género.

Antonio. Señor Marqués, puede Vd. escribir esa razon á D. Alejandro; yo no dedo contestar á ella. Se me pidió que entregara á la Marquesa ese dinero y lo he entregado. He cumplido con mi deber.

Marqués. Muy bien: está Vd. en su terreno; pero no debe Vd. desconocer que yo estoy tambien en el mio. Y qué diablos! seamos francos. Mi buen tio no puede enviarme doce mil duros, porque apenas valdrá todo lo que le queda de su fortuna ochenta mil reales: y yo, sin una prueba que me acredite que es suyo, lo entiende Vd. bien, esclusivamente suyo... no puedo admitir ese dinero.

Antonio. No tengo mas prueba que mi palabra.

Marqués. Esa no basta.

Antonio. Marqués!

Marqués. Acabemos. Este dinero es de Vd., general; de Vd. Yo no puedo admitirlo, porque los réditos de este dinero serian mi honor. (*Pausa.*) Si Vd. pensaba ofrecerme su amistad y su fortuna, debia Vd. haber venido á mí, no á mi esposa. Pero Vd. se habrá dicho: ya no soy el pobre pescador; tengo una faja y una posicion envidiable, y si logro causar la admiracion de Luisa, la que un dia me despreció, puede amarme aun; y pensando de ese modo, ha faltado Vd. á los deberes de caballero, ó por mejor decir, ha mostrado Vd. el orígen de su cuna.

Antonio. (*Conteniéndose.*) Señor Marqués, le perdono á Vd. ese insulto, porque en vez de humillarme, me enaltece. Soy hijo de un pobre pescador: nací en una humilde cabaña; esa es mi gloria. Los que por su talento ó su valor conquistan un título, forman un nombre glorioso para su familia; esos son los verdaderos nobles. La honra, el honor, la grandeza es del que la funda, no del que la hereda.

Napoleone con carta primera pta izq.

Marqués. Pues el noble que hereda, le devuelve al noble que funda su limosna de esta manera. (*Le tira los billetes á la cara.*)

Antonio. Oh!!! (*Se abalanza hácia el Marqués y se detiene.*) (Nunca! No puedo matarle.)

Marqués. Qué le detiene á Vd.?

Antonio. Un juramento, del que está Vd. abusando horriblemente, porque si otro se atreviera á tanto, ya no existiria.

Marqués. Detrás de esa puerta hay un corredor que termina en una galería. Está algo apartada de esta habitacion. Vamos á probar estas pistolas.

Antonio. Marqués, este desafio es la deshonra de Vd., la de Luisa, y no puedo aceptar.

Marqués. General: que está Vd. deshonrando esas condecoraciones.

Antonio. Cada una de ellas me cuesta tres heridas, y cada grado diez acciones de guerra.

Marqués. Sígame Vd., ó de lo contrario me veré precisado á publicar su cobardía.

Antonio. No lo creerán; mi hoja de servicios acredita lo contrario. Un cobarde, no hace la carrera de soldado á general en diez años.

Marqués. Conque no hay medio para que Vd. se bata conmigo?

Antonio. No. Es Vd. el esposo de Luisa. Luisa es para mí una hermana. Si tuviera la desgracia de matar á Vd., ella me maldeciria, y los hombres como yo no arriesgan la tranquilidad de su conciencia porque á un visionario se le antoja jugarse la vida.

Marqués. No soy visionario, general. Recuerde Vd. el pasado. Vd. amaba á Luisa, y su amor le condujo á buscar la muerte en la guerra.

Antonio. Y el estruendo del cañon y el humo de la pólvora, disiparon aquel amor que me habia conducido á buscar la muerte. Marqués, Vd. lo sabe como todo el mundo; el amor suele ser en el hombre un episodio; en la mujer es la vida. Luisa juró amar á usted eternamente. Bajará á la tumba sin olvidar su promesa. Grande y puro como el primer dia, subirá al cielo con su alma. (*Aparece Luisa en la primera puerta de la izquierda.*)

Marqués. Silencio.

ESCENA XIII.

DICHOS. LUISA.

Luisa. Es inútil, Alberto; he oido lo bastante para que mi corazon reciba una herida mortal.

Marqués. Luisa!

Luisa. No he concluido. La confianza del esposo es el mas rico tesoro de la esposa. Cuando esta se pierde, y el corazon del hombre duda de la virtud de su mujer, la mujer debe disipar esa duda. Si lo logra, el olvido es su venganza. Si ciego y desconfiado toca la verdad y la niega... entonces, el desprecio y la separacion eterna, debe ser el castigo del miserable.—General, deme Vd. esa mano. Marqués, dame la tuya y responde. ¿Crees tú que en el mundo exista una mujer tan infame, que al verse acusada por su esposo, se atreva á dar la mano al marido y al amante sin estremecerse?.. Mi mano no tiembla, mi rostro está sereno, mi espíritu tranquilo. El que no sabe apreciar el valor de un diamante, es indigno de poseerle.—Antonio, Vd. debe tener cartas de mi tio que prueban hasta la evidencia, que nuestras entrevistas no han tenido otro objeto que salvar á mi esposo; yo tambien tengo las mias. Doloroso es recurrir á ese estremo, pero es preciso. Antes de un cuarto de hora, le suplico á Vd. que estén aquí esas cartas. Mientras llega el momento de la justificacion, toma. (*Le da una carta.*) Esa es la respuesta que doy á la calumnia. (*Luisa hace una seña á Antonio; este saluda y se va por el foro derecha. Luisa desaparece por la puerta izquierda. El marqués se queda asombrado en medio del teatro, con la carta en la mano que Luisa le dió. Pausa.*)

ESCENA XIV.

El MARQUÉS *solo*.

Sí, sí. La virtud brillaba en su frente, y aquel acento es el acento de la verdad. Y yo he sido tan misera-

Camps. foro dch.
Carbajal foro izq.

ble, que no me he arrojado á sus plantas pidiéndole perdon por haber dudado de ella. De ella, que lo ha sacrificado todo por mí! (*Se dirije á la puerta de Luisa, y se detiene reparando en la carta que le dió Luisa.*) Qué es esto? Una carta. Ahora recuerdo sus últimas palabras. (*Mirándola y lanzando un grito: leyendo.*) «Yo puedo contribuir á su ruina. Si esta como las otras queda sin respuesta, cuéntelo Vd. perdido.» El miserable no ha tenido valor para firmar estas líneas. Ah! (*Corre á una mesa y saca varias cartas.*) Veamos. (*Cotejando la carta.*) Oh! La pluma anduvo diestra, pero he reconocido la mano. (*Tira de la campanilla y sale Ramon.*) Alfredo está esperando. Dile que venga. (*Váse Ramon.*) El infame hace un momento allí, en mi gabinete, se afanaba por probarme, hasta la evidencia, mi deshonra. Sigue, me decia, sin volver la vista atrás; tú me necesitas como la tierra al sol. Siempre sus palabras! Pero ha llegado la hora de recordarle las mias.

ESCENA XV.

El MARQUES. ALFREDO.

Alfredo. Como tardabas, me he entretenido en apuntar tus deudas. Debes treinta mil duros, amigo Alberto. Bonita cantidad!

Marqués. Conoces esta carta? (*Enseñándosela.*)

Alfredo. No. (Diablos!)

Marqués. Es tuya.

Alfredo. Mia!

Marqués. Sí, tuya. Ya sabes lo que sigue á una infamia de esta naturaleza.

Alfredo. Te estás burlando? Mia esa carta? Es esa mi letra por ventura? Está ahí mi firma?

Marqués. Un segundo ha bastado para romper esa incomprensible cadena que me unia á tí. A tí, que despues de arruinarme con tus falsos consejos, de hacerme seguir una senda para la cual no habia nacido, al verme en la desesperacion me retiras tu amistad. A tí, que mientras herias mi orgullo con falsas acusaciones, intentabas robarme lo que hay de mas santo y mas grande en el mundo: el honor.

Dalmau con cartas foro dch.

Alfredo. Advierte....

Marqués. Ni una palabra. Tú me has dicho: «Sigue, sin volver los ojos,» y yo te he obedecido. Pero recuerda que yo te prometí arrastrarte en mi caida, y ha llegado la hora de cumplirte mi promesa.

Alfredo. Conque decididamente quieres que nos rompamos la cabeza? Bien, esa clase de diversiones no las renuncio nunca. Solo siento que si me matas, creerán todos que ha sido por no pagarme.

Marqués. Es verdad.

Alfredo. (Ya no se bate.) Es un caballero de la edad media...) Con que te convencen mis razones?

Marqués. (*Con alegría.*) Ah!! (*Corre á la mesa, donde ha dejado los billetes el general, y se los presenta á Alfredo.*) Toma: estamos en paz. Sígueme.

Alfredo. Hola! Eres rico! (Maldita casualidad! Ah! me he salvado.)

Marqués. Vamos: qué aguardas?

Alfredo. Alberto, yo no puedo batirme como un perdido. Espero me permitas escriba á un amigo para que nos sirva de testigo.

Marqués. Tienes razon. El tuyo servirá para los dos. (*Tira del cordon de la campanilla y poco despues sale Ramon. Alfredo se sienta á escribir.*) Puedes mandar á mi criado.

Alfredo. Ramon, volando; esta carta á mi amigo el baron de la Estrella; ya le conoces. (*Bajo á Ramon.*) (Es para tí). Que lo espero aquí. (*Ramon mira á Alfredo; este le contesta con otra mirada de inteligencia y se va.*)

Marqués. Puedes elegir armas.

Alfredo. Conque no hay otro remedio? Paciencia. Buenas pistolas. (Me habrá comprendido Ramon?)

Marqués. Ah! cerremos esta puerta. De este modo Luisa no podrá interrumpirnos. No quisiera morir sin pedirle el perdon de mis ofensas; encárguese, pues, esta carta, de hacer lo que yo no puedo. (*Se sienta y escribe.*)

Alfredo (Me parece que oigo pasos en la escalera. Será mi hombre? Oh! si fuera él me habria salvado.) (*Aparece el general en la puerta del fondo.*) (El general! Qué inoportuno es ese hombre!)

ESCENA XVI.

Dichos. Antonio.

Antonio. Marqués, hé aquí la justificacion de mi conducta.
Marqués. Dejemos para otro momento esplicaciones enojosas. Es Vd. mi amigo?
Antonio. Ponga Vd. á prueba mi amistad, y los hechos responderán á esa pregunta.
Alfredo. (Su tardanza empieza á impacientarme.)
Marqués. Voy á batirme, y necesito un testigo. Quiere usted serlo, general?
Antonio. La sociedad nos obliga á admitir ese cargo enojoso, y no debo rehusar. Pero usando del derecho que tengo, no puedo permitir que se vierta sangre sin saber la causa.
Marqués. Ese hombre, abusando de los sagrados deberes de la amistad, se ha propuesto deshonrar con una calumnia el limpio honor de mi esposa. Ese hombre ha dirigido palabras de amor á la misma mujer que acusaba; ese hombre, en fin, es un miserable que me ha conducido á la desesperacion.
Antonio. Basta. Vamos, caballero.
Alfredo. Yo espero á mi padrino.
Marqués. Puede no venir nunca, y el tiempo es muy necesario.
Alfredo. He dicho que espero á mi padrino.
Antonio. Cuando se obra con lealtad, basta con uno, caballero. Ese soy yo, y creo que no me hará Vd. el agravio de dudar de mí. Marchemos.
Alfredo. (Oh! La suerte me abandona.)
Antonio. Esa indecision no tiene nada de decoroso.
Alfredo. (Y ese hombre no viene.)
Marqués. Acabemos, caballero. Sígame Vd.
Alfredo. Es inútil. Quiero esperar á mi amigo.
Marqués. Eres un miserable..! un cobarde..!
Alfredo. Ah! Vamos! Señor general, yo soy el ofendido, y tengo la eleccion de armas; quiero batirme á florete.
Marqués. Es igual.

Alfredo. Además, quiero que el desafio se lleve á cabo en esta sala.

Marqués. General, cumpla Vd. con su deber. (*El general alcanza dos floretes y una espada de la panoplia que habrá junto á la chimenea. Presenta las armas y se coloca.*)

Alfredo. (La cuestion es ganar tiempo; no haré mas que defenderme. Con esta arma, la ventaja es mia.) (*El general, despues de cerrar la puerta del fondo, saluda y dice:*)

Antonio. En guardia. Adelante, señores.

Marqués. General, le recomiendo á Vd. mi hija. (*Cruzan los floretes.*)

Antonio. Riña Vd. por ella, pero sin hablar una palabra. (*Momento de lucha, durante la cual Alfredo retira.*)

Antonio. Señores, las distancias. (*Alfredo soltando el florete.*)

golpes. *Alfredo*. Ah!! Ya es tarde..! (*Cae.*) Ah! ahí están ellos: me vengarán de tí..! (*El Marqués se queda inmóvil en mitad del teatro. Antonio se acerca á Alfredo, á cuyo tiempo se oyen golpes en la puerta del fondo. El Marqués se dirige maquinalmente á abrir la puerta.*) golpes.

Antonio. Dónde va Vd.? (*Le conduce á la puerta del cuarto de Luisa.*) Por aquí.

Marqués. General, no debo separarme de Vd.

Antonio. Evitemos que Luisa sepa esta desgracia. Vd. ha cumplido con su deber; yo debo cumplir con el mio.

Marqués. Oh! sí. Que no lo sepa nunca, general! Es usted mi amigo, mi hermano. Gracias. (*Le da la mano.*) Adios. (*Entra en el cuarto de Luisa. El general cierra la puerta.*)

Antonio. Sí, yo seré su hermano. Tiene una hija y una esposa que le aman. Debo salvarle. (*Mirando por la cerradura.*) Oh! ahora comprendo por qué ese miserable no queria batirse sin el amigo que aguardaba. Ea, valor; he jurado sacrificarlo todo por ellos; empecemos á cumplir la palabra. (*Abre la puerta.*)

Adolfo y comparsas foro dh.

ESCENA XVII.

ANTONIO. *Un comisario. Criados.*

Antonio. Ese hombre me ofendió y nos batimos. (*Desabrochándose el gaban y mostrando al comisario la faja y las placas.*) El general Gutierrez. Me presentaré. (*Telon rápido.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

- Goula, Teran con libro, Lladó con rosario y Company aparecen.

ACTO CUARTO.

Sala baja de una casa de pueblo. Puertas y ventanas al fondo: en el primer término de la derecha una chimenea de campana: de uno de sus ángulos cuelga un candil bastante grande. A la izquierda dos puertas. Taburetes y sitiales de baqueta. Mesas y armarios de pino. Un farol colgado de una de las vigas del techo. Algunas estampas de santos colocadas por las paredes. Una vírgen de talla, regular, encerrada en una urna y alumbrada por dos cirios. Todo debe respirar aseo y humildad. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

Aparecen alrededor del hogar colocados convenientemente, D. Alejandro; María *leyendo en un libro de los Evangelios;* Petra *hilando, y* Blas.

María. Y entonces se llegaron á él unos escribas y fariseos de Jerusalen, y les dijo:
«Pobres ciegos, que colais un mosquito y tragais un camello.
»Ay de vosotros, escribas y fariseos, que sois semejantes á los sepulcros blanqueados, que de fuera parecen hermosos y por dentro están llenos de huesos de muertos!
»No juzgueis para que no seais juzgados.
»Por qué ves una paja en el ojo de tu hermano, y no ves una viga en el tuyo?
»Quita primero la viga de tu ojo, y tendrás vista para quitar la paja del ojo de tu hermano.»

Blas. Vamos, este libro es el rey de los libros. Como

que el general no lee otra cosa, y cuando él lo lee...

Petra. Continúa, María.

María. «Amad á vuestros enemigos; haced bien al que os aborrece; orad por el que os calumnia.

»Porque todo aquel que se humille, será ensalzado.

»El que sea mas grande de vosotros, ese será el mas pequeño.»

Blas. María, ese libro quiero que lo aprendan nuestros hijos de memoria, porque el hombre que siga esas máximas, no puede ser malo, y despues el general lo recomienda.

Alejandro. El bueno de Blas, siempre con el general á vueltas.

Blas. Mire Vd., D. Alejandro: le quiero tanto como á mis hijos; y cuando voy por el pueblo y hablamos de él, siento una satisfaccion y una... Porque al fin uno es vanidosillo, y cuando dice mi cuñado el general, se le llena á uno la boca de agua; y despues bien se puede decir, sin agraviar á nadie, que á mí me debe la faja, porque si yo hubiera ido á la guerra en su lugar, ahora seria yo el general Blasillo y él... Antonio el pescador.

Petra Mucho tarda esta noche.

Alejandro. Cuentan de un cazador, que persiguiendo á una codorniz, se fué hasta Africa.

Petra. Si le hubiera sucedido algo...

Alejandro. Ya teneis á Petra sin saber lo que le pasa.

Blas. Y quién se atreverá á hacerle daño? En el pueblo todos le queremos mas que á la luz del dia, y despues él es valiente, y con su escopeta vale por seis.

Alejandro. La impaciencia es muy natural. Yo tambien cuando pienso en Adela, en mi querida Luisa... porque dos meses sin escribirme, es una crueldad... Si hubiera muerto...

Blas. Las malas noticias se saben pronto.

María. En su última carta nos dijo que se iban á Navarra en busca de una parienta del Marqués, por ver si les pagaba una deuda que quedó pendiente con su padre.

Alejandro. Es su única esperanza, pero yo no me prometo resultado ninguno.

Blas. Lo mas acertado es que se hubieran venido aquí. Cuando Dios da, para todos da, y no somos tan pobres, que por dos platos mas ó menos no nos moririamos de hambre.

Alejandro. No son dos, que son tres. Te olvidas de mi querida Adela, que tendrá ya cinco años, que será todo lo que se llama una mujercita? Oh! si llegárais á calcular la falta que me hace, me tendriais mucha lástima... porque al fin vosotros sois jóvenes y podeis correr, ir al monte, al campo... pero yo, un pobre viejo, que apenas puede moverse de este sitio, necesito distraerme: ella es mi distraccion, mi encanto, y os aseguro que no puedo vivir así. Como tarde mucho, iré á buscarla. Quiero tenerla á mi lado para que me lo rompa todo, para que me haga reir con sus canciones infantiles, con sus travesuras... pues no faltaba mas, que me muriera sin tenerla á mi lado! Cuando los lábios de un ángel reciben el último suspiro de un moribundo, Dios se sonrie y le abre sin vacilar las puertas del cielo.

Blas. D. Alejandro, aquí se ha prohibido llorar, y Vd., no solo llora, sino que me hace llorar á mí.

María. Es preciso tener confianza en Dios, y él se acordará de nosotros.

Petra. No se aflija Vd. Ellos vendrán.

Alejandro. Vendrán, vendrán; pero no vienen. Mira, Petra: cuando estoy con vosotros, como ahora, alrededor de este fuego, que es la mitad de mi vida, me digo: «Si Luisa y Adela se hallarán aquí, seria completa mi felicidad.» Pero cada sol que nace, es una esperanza que muere. Cada hora que suena, un paso que me aproxima al sepulcro; y aunque lloro y rezo, no vienen nunca, nunca.

María. Buenas ganas se me pasan de darles un abrazo.

Petra. Pues yo hago mucho mas que vosotros. He enseñado á tus hijos una oracion, para que Dios nos envie pronto á Luisa y Adela. Y estoy segura que Dios las enviará.

Blas. Yo por mi parte tambien he echado mi cuarto á espadas.

Alejandro. Tú, vamos á ver, qué has hecho tú?

Blas. Qué? El otro dia cuando se marchó á Madrid el

Dalmau con carte. foro dcha.

hijo del tio Romo, le dije: «Policarpo, si por aquella liorna de la corte encuentras á Luisa y al señor Marqués, lo cojes de una oreja y te lo traes acá.»

María. No lo dije? una de las tuyas.

Blas. Pues mira, Policarpo es muy bruto, y lo hará como se lo he dicho.

Petra. Habeis oido?

María. Sí, un caballo que entra en el portal.

Alejandro. Vamos, ya le tienes ahí.

Petra. Oh! Gracias á Dios.

(*Aparece Antonio en la puerta del fondo vestido de chaqueta, botines de monte, escopeta y canana. Todos, escepto D. Alejandro, corren á su encuentro. Blas le quita la escopeta. Petra le limpia el polvo. María le deshevilla la canana, etc.*)

ESCENA II.

DICHOS. ANTONIO.

Antonio. Santas y buenas noches, madre mia. D. Alejandro siempre arrimadito á la lumbre.

Alejandro. Esta es mi vida, general.

Petra. Cómo has tardado tanto, Antonio? Te has puesto malo?

Antonio. Nada de eso. Hallé en el camino á un niño que venia cargado con un haz de leña, y le monté en mi caballo, acompañándole hasta la puerta de su casa. Eso ha retardado un poco mi vuelta; pero ya estoy entre vosotros.

Alejandro. Venga esa mano. Eres un buen muchacho. Por eso Dios no te olvida.

Petra. Ahora lo que debes hacer es descansar. Quieres la cena?

Antonio. Luego, madre mia.

Blas. Quieres que te saque los zapatos?

Antonio. No, mi querido Blas.—María, ha llegado alguna carta para mí?

María. Una tienes encima de la mesa.

Antonio. No es de Luisa. (*Mirándola.*) Blas, encárgate de mi caballo. Ya sabes que me ha sacado de algunos apuros, y que le quiero mucho.

Blas. Allá voy. (*A María.*) Mira, prepara la cena. El general suele no tener gana; pero yo estoy siempre dispuesto á menear las mandíbulas. (*Vase.*)

María. Hasta luego. Voy á preparar la cena. (*Vase.*)

Petra. Mira, hijo mio: si no quieres nada, con tu permiso iré á ver si están bien abrigaditos mis nietos.

Antonio. Yo no quiero mas que... un abrazo.

Petra. Como te tengo en el corazon, siempre estoy abrazada á tí. (*Le abraza y vase.*)

ESCENA III.

ANTONIO. D. ALEJANDRO.

Antonio. Veamos qué dice el brigadier. (*Leyendo.*) «General: doy á Vd. la enhorabuena: su solicitud se ha atendido: ya puede Vd. ir preparando esa valiente espada que tanto se ha distinguido en la última guerra. Dentro de quince dias le espero á Vd. en Barcelona, desde cuyo puerto nos embarcaremos para Italia. Su camarada de armas y amigo de corazon APARICIO.»

Alejandro. Qué te dice? Hay novedad? Sabes algo de mi querida Luisa?

Antonio. Por desgracia, nada puedo decir. Es una carta de un amigo.

Alejandro. Ya voy perdiendo la esperanza de verlas. Tengo ochenta años, y entre la trémula llama de este fuego, veo á la muerte que me sonrie. Para qué han emprendido ese viaje? para recibir un nuevo desengaño. Ese pariente, del cual lo esperan todo, les habrá recibido con el ceño arrugado, les habrá dicho: «Pordioseros, á qué llamais á mi puerta..! yo no debo nada á vuestro padre. Largo de aquí. Si os habeis arruinado, sufrid. Nada me importa.» Y la pobre Luisa tan delicada! (*Llorando.*) Habrá tenido hambre, frio! (*Levantándose.*) Díme, Antonio: crees tú que habrán tenido hambre, frio? Responde, responde por Diós!...

Antonio. D. Alejandro, se está Vd. afligiendo sin motivo. La Providencia, siempre grande y bienhechora,

vela por los desgraciados. Dudando de ella, ofendemos á Dios. Esperemos, pues.

Alejandro. Tienes razon; pero como los caminos están tan malos, el frio es tan escesivo en este invierno! Quisiera tenerlos á mi lado; aquí, junto á este fuego que me remoza. (*Se sienta junto al hogar.*) Ah! Solo un momento que me he separado de tí, y ya estoy yerto como un carámbano. Con que considera, mi buen Antonio, cómo estarán ellas!

Antonio. El cariño le hace á Vd. ver lo que sin duda no existe.

Alejandro. Los cuatro meses de cárcel que sufrió el Marqués por aquel maldito desafio, le acabaron de arruinar.

Antonio. Su caballerosidad le perdió cuando se presentó á los tribunales diciendo: «No es el general el que ha herido á ese hombre, sino yo.» De cuyas resultas se apoderaron de él, y me pusieron en libertad á pesar mio.

Alejandro. Obró como un caballero y tú como un hermano leal, trabajando del modo que lo hicistes para arrancarlo de la cárcel, y gracias que la herida de Alfredo no tuvo un resultado fatal!

Antonio. Oh! sí. Aquel miserable se escapó milagrosamente de los brazos de la muerte; pero su vida no es larga. Cuando pienso los padecimientos de Luisa en aquellos cuatro meses; la infeliz se vió precisada á trabajar para que su esposo no careciese de lo necesario. Yo les ofrecí mi escasa fortuna, pero ellos solo aceptaron mi amistad.

Alejandro. El Marqués tiene un corazon noble y generoso, pero su estrella es negra como una noche de tempestad.

Antonio. La desgracia no ha podido pervertir la pureza de su alma. Yo he tenido ocasion de estudiar su carácter. Flexible y docil como el de un niño, se deja guiar por la amistad, sin tomarse el trabajo de preguntar á dónde se le lleva. La fatalidad arrojó ante su paso á un miserable especulador, que vendiéndole una amistad que desconoció su corazon, le condujo á la ruina. Aquel hombre pudo hacer un héroe del Marqués, y sólo hizo un desgraciado. Pero

Aeran foro dh.

es necesario salvarle: yo le prometo á Vd. que lo lograré... no sé cómo, pero si es preciso, recorreré toda la España. Yo le he ofrecido la amistad del hermano, y cuando la suerte nos conceda la dicha de encontrarle, sabré cumplir con mi deber. En el corazon del Marqués se abriga un sentimiento, el mas grande, el mas bello que el Todopoderoso concedió al hombre, el amor: y mientras no le abandone, Luisa hará de su esposo un hombre de provecho.

Alejandro. Bien, hijo mio; quiero darte un abrazo. (*Se abrazan.*) Sigue, sigue hasta el fin sin retroceder por ese camino que te has trazado, y los hombres se envanecerán de estrechar tu mano, se honrarán con tu amistad. Vamos, no quiero molestarte mas. Voy á rezar por ellos, como todas las noches, mientras tú te ocupas de tu correspondencia.

Antonio. Como Vd. quiera. (*Antonio se sienta junto á la mesa. D. Alejandro saca su rosario y reza en voz baja.*)

Alejandro. Dios mio! tú eres grande y misericordioso, oye mi oracion y acuérdate de ellos.

Antonio. Estoy decidido. La guerra vuelve á empezar, pero mas noble, mas grande y en pais estranjero. La bandera española ondeará antes de poco bajo del cielo de Italia, y allí me llama el honor. Pobre madre mia! yo sé que esta separacion te será muy dolorosa, pero el deber del soldado antes que todo. Escribamos al brigadier el dia de mi salida. (*Escribe.*)

ESCENA IV.

ANTONIO *escribiendo.* D. ALEJANDRO *dormido.* MARÍA *por el foro.*

María. Está dormido. (*Acercándose á D. Alejandro.*) Mejor. No puedo contener la alegría, y el corazon parece que se me quiere salir del pecho. (*Se acerca á Antonio y le dice en voz baja.*) Antonio, ya ha llegado.

Antonio. Quién, hermana mia?

María. Luisa.

Napoleone, Feran una niña y Rafael por ahí;

Antonio. Luisa? (*Levantándose.*)

María. Chist! Que no se despierte D. Alejandro. Podria sobresaltarse.

Antonio. Pero viene sola?

María. No. La acompañan el Marqués y Adela.

Antonio. Oh! Corramos! (*Deteniéndose.*) Tal vez seria una imprudencia.

María. Cuando salí á disponer la cena, me hallé con un mozo del parador nuevo que preguntaba por mí, diciéndome al mismo tiempo que una señora que habia llegado de Alicante, deseaba hablarme. Figúrate, pues, mi sorpresa, cuando al llegar al meson, Luisa se arroja llorando en mis brazos, y me suplica que la acompañe á casa de su tio.

Antonio. María, D. Alejandro es para ellos tanto como un padre; dejémosles, pues, solos. El dolor y la alegría son mas espansivos, mas grandes, cuando menos testigos tienen. Así, pues, acompáñales hasta aquí, y ven luego á reunirte conmigo. Yo estaré en mi cuarto.

María. Sí, tienes razon; voy corriendo. Ah! Dile á madre que ya han llegado. Ah! y á Blas tambien. (*Vase.*)

Antonio. (Ahora es preciso terminar mi pensamiento.) (*Vase segunda puerta izquierda.*)

Pausa

ESCENA V.

El teatro permanece un momento solo. Luego aparecen por el fondo MARIA; LUISA *lleva de la mano una niña de cinco años, y el* MARQUÉS. MARÍA *les señala á* D. ALEJANDRO *que permanece dormido junto al hogar.*)

María. Allí le tienes. (*Vase puerta izquierda.*)

Luisa. Ah!! (*Conteniéndose se acerca á D. Alejandro y se arrodilla á sus piés. La niña hace lo mismo.*) Duerme. Su sueño es el del justo! En su frente está escrita la virtud de su alma. Hija mia, besa el polvo que pisan esos venerables piés, porque este anciano será para tí desde hoy el ángel de la caridad que te cobijará bajo sus alas. (*Le besan los pies: luego las manos. D. Alejandro despierta.*)

Company con bocado y manta foro dr.

Alejandro. Quién llora aquí? Por qué me besas la mano, pobre niña? Vienes á pedirme una limosna? Espera: voy á... Dios mio! no es ella! Luisa, Adela, hijas de mi alma!

Luisa. Ah! padre mio, perdon! (*Se abrazan.*)

Alejandro. Perdonarte! De qué, pobre mártir! Pues no faltaba otra cosa! Pero esta niña tendrá frio, hambre tal vez!

Luisa. Oh! no señor, no; solo está un poco cansada.

Alejandro. Cansada! Siéntate ahí, junto al fuego. Pero tú estas pálida! Mas aquí falta una persona; falta tu esposo, mi buen Alberto: por desgracia, habrá dejado de existir?

Luisa. Está allí, esperando que esos brazos se abran para él.

Alejandro. Allí. Ah! Sí, hijo mio, te abro los brazos.

Marqués. Señor...

Alejandro. Estás desfigurado. Oh! tú has padecido mucho. Pero mi Adela no dice nada; por fuerza debe tener necesidad de alguna cosa. María, María, (*Llamando.*)

Luisa. Por Dios no molesteis á nadie.

Alejandro. Qué es eso de molestar? No faltaba mas.

ESCENA VI.

DICHOS. MARIA *por la izquierda. Poco depues* BLAS *por el fondo. Lleva en la mano un bocado y una manta de caballo.*

Alejandro. María, llévate mi Adela. Dale todo lo que pida, lo oyes, todo.

Luisa. Cuán buenos sois para conmigo. Hija mia, luego iremos á buscarte. Esta jóven va á enseñarte á tus hermanitos.

Marqués. Sí vamos, vamos. (No quiero estar aquí porque se me oprime el corazon de un modo...)

Alejandro. Dame un beso. Y tiene la cara como la nieve; cuando decia yo que tendria frio...

Blas. Luisa... (*Aparece en el fondo. Deja caer lo que lleva en la mano, y dice corriendo á Luisa.*) Per-

done Vd. señora marquesa; iba á cometer una barbaridad.

Luisa. Ah! es Vd. Blas!

Blas. Sí, yo que... (*Hace un movimiento como para abrazarla.*)

María. Calla y vente conmigo, imbécil. (*Vánse los tres.*)

ESCENA VII.

LUISA. D. ALEJANDRO. *El* MARQUES.

Alejandro. Por fin os tengo á mi lado. Ahora no nos separaremos nunca. Ea, fuera tristezas.

Luisa. Nosotros estamos muy contentos, y admitimos el ofrecimiento. No es verdad, Alberto?

Marqués. El pobre mendigo á quien se le ofrece un techo hospitalario y un asiento en la mesa, no puede menos de aceptar, besando la mano de su caritativo dueño.

Alejandro. Qué es eso de mendigo! El amo eres tú. Tú solo. El que duda de mí, me ofende. Cuándo ha habido tuyo y mio entre nosotros?.. nunca.

Luisa. Ah! no crea Vd. que Alberto ha querido ofenderle. La desgracia le ha hecho tan receloso, que debemos tenerle consideracion. A buen seguro que está arrepentido de sus palabras.

Marqués. D. Alejandro, yo le pido á Vd. perdon de mis palabras. Todas las puertas se cerraron para el marqués de Peña-Azul, y hasta mi parienta me arrojó como un pordiosero del umbral de su casa. El dolor, la desconfianza, echaron hondas raices en mi corazon... porque soy muy desgraciado.

Luisa. Pues ahora, es ya preciso terminar nuestras penas, porque en esta casa volverás á recobrar la paz del espíritu.

Alejandro. Ya lo creo, como que todos os quieren mucho. Nuestras conversaciones habeis sido vosotros. Petra, María, Antonio, Blas, son una misma persona, y ahora unirán vuestros cuidados á los suyos. Ya verás, ya verás qué bien nos vá; no tendremos mas

voluntad que la vuestra; en una palabra, mandareis en gefe, como dice Blas.

Marqués. Las palabras de Vd. hacen brotar una sospecha en mi corazon. No es Vd. el dueño de esta casa?

Alejandro. Como si lo fuera, porque aunque se la vendí con las tierras al general, el general deseaba vuestra llegada con tanta impaciencia como yo.

Luisa. Dios mio! será cierto? Ah!! (*Se cubre la cara con las manos.*)

Marqués. Luisa, entra por Adela, y vámonos de esta casa.

Alejandro. Qué dices? Tú has perdido el juicio. Iros de esta casa... y á donde?

Marqués. Dios guiará nuestros pasos.

Alejandro. Pero hombre, entonces á qué has venido? Yo no comprendo...

Luisa. Alberto mio, si tú conocieras el corazon de mi antigua familia, no pensarias así. Hemos sufrido tanto... Mira, si no por mí, por Adela, te ruego aceptes la hospitalidad que se nos ofrece. Piensa que ella es tan delicada, que no podrá resistir los duros reveses que nos prepara la desgracia. Alberto, Alberto... por mí, por nuestra hija; piensa que si ella muere, yo no podré sobrevivirla; piensa que si me pide pan y no puedo dárselo, moriré de desesperacion, de dolor! Oh! no debo, no quiero, no puedo abandonar esta casa, único puerto de salvacion que Dios ofrece á nuestro infortunio.

Marqués. Luisa, si tan cobarde es tu corazon que prefiere la limosna de un estraño, á sufrir los embates que la suerte nos aguarda, libre eres: puedes quedarte si te place, pero sola, porque yo jamás admitiré ese ofrecimiento. Mi hija vendrá conmigo, sufrirá mi suerte, tal es mi deber, tal es su destino.

Luisa. Separarme de mi hija! Es eso posible? Separarme de mi Adela! No reflexionas que eso seria mi muerte! Por ventura, puede existir un sér á quien se le arranque el corazon? Todos los tormentos que concibió el pensamiento humano, pueden compararse con el dolor que esperimenta una madre á quien separan para siempre de su hija? Oh!

solo el pensarlo me horroriza. Alberto, estoy dispuesta á seguirte. Tienes razon; mi deber es morir á tu lado. Me has tratado de cobarde; mis ojos no lloran, mi corazon no tiembla. Vamos.

Alejandro. Pero eso que pretendeis, no puedo permitirlo, y si mis súplicas no os enternecen, me veré precisado á mandarlo; lo ois? No quiero que os vayais, no quiero.

Marqués. Es inútil: mi resolucion es invariable.

Alejandro. Está bien. Ya que eres tan orgulloso que ne te dignas admitir lo que con tan buena voluntad te ofrecen tus hermanos; ya que quieres que muera este pobre viejo separado de lo que tanto ama, yo tambien te acompaño, tambien abandono esta casa, porque prefiero morirme de frio en mitad de un camino, á vivir separado de mi querida Luisa, de mi pequeña Adela. Prepárate pues á emprender una peregrinacion, cuyo término solo á Dios le es dado entreveer, en cuyo tránsito, el grito de tu conciencia se gozará destrozando tu corazon. (*Luisa y don Alejandro desaparecen por la puerta de la izquierda. El marqués hace un movimiento para seguirles; luego se reporta y se deja caer en un sitial. Pausa.*)

ESCENA VIII.

El Marques *solo.*

Oh! maldito orgullo. Yo quisiera arrojarte de mi sér, y me falta el valor. Sí: ese noble anciano encadenado á mi desgracia, perecerá como todo lo que me rodea. Hasta cuándo, destino impío, se prolongará este terrible martirio, esta lucha incesante que me consume! (*Pausa.*) Cuando una planta ponzoñosa crece en mitad del sembrado, el labrador la arranca para que no contagie á las demás... no apresures tu latido, cobarde corazon. Todos los hombres tienen en su vida algun rasgo que les enorgullece. Ea, valor, yo tambien quiero tener el mio. Luisa y Adela pueden ser felices bajo este techo. Mi orgullo les roba esa felicidad. Acabemos de una vez. (*Se dirige*

Dalmau con cajita pta ing°

hácia el fondo y coje la escopeta que Blas se habrá dejado junto al armario.) Ah! no soy tan desgraciado como creia. La fortuna me presenta este camino. Acabemos.

ESCENA IX.

El Marques. Antonio *vestido de general de campaña, trae en la mano una cajita.*

Antonio. Un momento.

Marqués. (Ah!) Antonio... Vd...

Antonio. Esta noche abandono esta casa para reunirme con el ejército que manda el gobierno en defensa del Santo Padre, y he pensado, antes de emprender mi viaje, estrechar la mano de Vd.

Marqués. General, dispense Vd. si yo no corrí en su busca...

Antonio. Vengo tambien á recordarle á Vd. mis ofrecimientos... Recuerda Vd. una noche, en que solo y abandonado de todos, se lamentaba Vd. de la ingratitud de aquellos á quien habia favorecido en otro tiempo?

Marqués. Oh! el recuerdo de aquella noche vivirá eternamente conmigo. Vd., general, fué el único que en aquellos instantes de dolor se presentó á ofrecerle al pobre prisionero su fortuna y su amistad.

Antonio. Pero Vd. aceptó solo la amistad.

Marqués. Era lo único que podia admitir.

Antonio. Pues yo vengo á preguntar en nombre de aquella amistad que nos juramos: «Señor Marqués, á dónde iba Vd. con esa arma? Por qué cuando me vió Vd. en esa puerta, en vez de arrojarse en mis brazos, permaneció turbado... sin atreverse á fijar su mirada con la mia?

Marqués. Hay preguntas á las cuales no puede responderse.

Antonio. Pero pueden adivinarse. Yo he adivinado lo que intentaba Vd. en este momento.

Marqués. Pues bien: si Vd. lo ha adivinado, tanto mejor; así acabaremos antes. (*Se dirije hácia la puerta. Antonio la cierra y se guarda la llave en el bolsillo.*) Pero qué está Vd. haciendo?

Antonio. Me he propuesto hablar con Vd., y soy hombre que acostumbro á salirme con la mia!

Marqués. Para hablar con un hombre, no es necesario recurrir á ese medio.

Antonio. No lo niego; pero cuando se encuentra un criminal en una casa, es preciso cerrar las puertas para que no se escape.

Marqués. Señor general...

Antonio. No retiro la palabra. Vd. pensaba suicidarse, y un suicida no es otra cosa que un criminal.

Marqués. La llave de esa puerta, ó no respondo de mí.

Antonio. Puede Vd. descargar esa arma sobre mi pecho. Solo cometiendo un asesinato, podrá Vd. apoderarse de ella.

Marqués. General, no me ponga Vd. en el caso de cometer un crímen.

Antonio. Pues qué? Por ventura es otra cosa que un crímen lo que Vd. pensaba hacer consigo mismo? Señor Marqués, Dios le ha impuesto á Vd. los sagrados deberes de esposo y de padre, y Vd. no puede por sí solo romper esa cadena santa y misteriosa que le liga á los séres que pretende abandonar, sin ser un sacrílego, sin cometer un parricidio.

Marqués. Oh! Basta, basta.

Antonio. Vd. piensa que cuando un hombre no puede sobrellevar el peso de su infortunio, concluye su mision sobre la tierra levantándose la tapa de los sesos. Señor Marqués, el que piensa de ese modo es un impío, porque el cristiano no olvida nunca que solo Dios, que le ha dado la vida, es el único que tiene derecho á quitársela.

Marqués. Sus palabras me rompen el corazon.

Antonio. Olvida Vd. lo que mañana seria de Luisa, de Adela, cuando les presentaran el cuerpo ensangrentado de su esposo, de su padre! Eternamente la sombra del suicida, turbaria la paz de sus sueños, y en las largas horas de su orfandad, al mirarse sin mas amigos que la miseria, el dolor, la desesperacion, llegarian en su incesante amargura á maldecir al miserable que les habia conducido á aquel estremo.

Marqués. Oh! Ni una palabra mas!

Antonio. No; yo quiero recordar á Vd. lo que el hombre se debe á sí mismo. Vd. ha perdido la paz del espíritu, la tranquilidad de su conciencia; pero hay dos grandes virtudes que Vd. desconoce, y con las cuales se llega á encontrar la felicidad. Con ellas grabadas en el corazon del hombre ve crecer los hijos de sus hijos; la bendicion eterna descansa sobre el techo de su morada. La paz tiene su asiento en el seno de su familia. Su sueño es arrullado por los ángeles; sus riquezas se multiplican de dia en dia. Esas virtudes están en este libro. Este libro que es el pan del alma; esas virtudes que Vd. desconoce, y que empiezan desde hoy á marcarle una nueva senda, son la fé, el trabajo.

Marqués. Oh! Basta, basta, general! Abre los brazos para recibir en ellos á tu hermano.

Antonio. Gracias! Bendito seas, Dios mio!

Marqués. Oh! el trabajo, la fé; sacrosantas virtudes del hombre... yo os venero, yo os llevaré eternamente grabadas en mi alma.

ESCENA ULTIMA.

DICHOS. D. ALEJANDRO. LUISA. BLAS. PETRA. MARÍA y ADELA.

Alejandro. Estamos á tus órdenes.

Marqués. Ah! mi pobre viejo, mi buena Luisa, mi querida Adela... Ya no partimos, porque esta es nuestra casa.

Luisa. Será verdad?

Alejandro. Cómo?

Blas. Qué!

Marqués. Sí, Luisa, sí. Desde hoy todos formaremos una familia. El general acaba de arrancar la venda que cegaba mis ojos, y separándome del crímen, me ha hecho comprender la felicidad. Luisa, abraza á tu hermano.

Luisa. Bendito seas. (*Se abrazan.*)

Alejandro. Dios es justo!

Blas. Viva el general.

María. Calla.

Antonio. Adios, madre mia; parto esta noche.

Petra. Qué?

Antonio. Soy un soldado; la patria me reclama: cumplo con mi deber.

Petra. Ah!

Blas. Esta vez no te irás solo; seré tu asistente.

Antonio. Y tus hijos, Blas?

Blas. Me has convencido.

Antonio. Ahora toma, hermano mio. En esta caja se encierra una escritura que divide mi fortuna en tres partes: una para mi madre, otra para mi hermana y otra para tu hija. Trabaja para ellas.

Luisa. Oh! cuánta generosidad!

Antonio. Hermana mia, tiene en ello su parte el egoismo. Mañana cuando el pobre veterano necesite una familia que sufra sus impertinencias, que endulce los dias de su vejez, vendrá á llamar á esta puerta con la seguridad de encontrar bajo este techo, la paz del hogar doméstico, la bendicion de Dios.

FIN DEL DRAMA.

Este drama está aprobado por la censura vigente en 11 *de diciembre de* 1857.


3 0112 117453693